

Vr vida religiosa

OCTUBRE 2025 | Nº 8 vol. 139



La vida consagrada en el mundo rural

Acompañar la fragilidad con esperanza

NOVEDAD



PALABRA Y VIDA 2026

El Evangelio comentado cada día

Una comunidad orante

VARIOS AUTORES.

P.V.P.: (pequeño) 3 euros, (grande): 5 euros

Coincidiendo con el 25 aniversario de este proyecto, los comentarios están escritos por doce misioneros claretianos, una comunidad «apostólica» reunida en torno a la Palabra. Doce miradas, doce estilos, doce maneras de escuchar y comentar: se trata de unidad en la diversidad.

CUADERNILLOS DE SINODALIDAD

Publicaciones Claretianas edita en España cuatro nuevos números de esta colección, creada por el CELAM y Editorial Claretiana (Argentina), sobre distintos aspectos de la sinodalidad con sugerencias para la reflexión personal y la renovación pastoral.

El sensus fidei de todo el pueblo de Dios

El giro eclesológico del proceso sinodal

RAFAEL LUCIANI. P.V.P.: 9 euros

Superar los conflictos en una Iglesia sinodal

FRANCESCO ZACCARIA. P.V.P.: 8 euros

Discernimiento comunitario

Un reto «en el corazón» de la sinodalidad eclesial

VITO MIGNOZZI. P.V.P.: 8 euros

Reforma sinodal y derecho canónico:

Potencialidad del código y sugerencias de revisión

CARMEN PEÑA. P.V.P.: 8 euros



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dpto. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz
DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

ACOMPAÑAR LA FRAGILIDAD CON ESPERANZA

Tras el paréntesis estival, reanudamos el camino. Durante los meses de julio, agosto y septiembre numerosos institutos de vida consagrada han celebrado sus capítulos, asambleas, retiros y encuentros formativos. Se han renovado muchos gobiernos generales y provinciales y se han elaborado orientaciones para los próximos años. El 8 y el 9 de este mes de octubre se celebra en Roma el Jubileo de la Vida Consagrada.

Todos estos acontecimientos son indicadores de que seguimos caminando y de que, conscientes de nuestros problemas, no renunciamos a compartir con otros los carismas que el Señor nos ha concedido. El tercer monográfico de este año, publicado en septiembre, lleva por título: *¿Sigue Dios llamando hoy? Pastoral vocacional y vida consagrada*. Partiendo de algunas experiencias recientes, los autores nos ofrecen reflexiones y pistas para entender lo que hoy está sucediendo en la pastoral de las vocaciones y lo que podemos hacer para no limitarnos a esperar con los brazos cruzados. Los “peregrinos de la esperanza” seguimos buscando compañeros de camino porque creemos en la belleza y significatividad de esta forma de vida.

No se trata de sucumbir al principio productivista de “algo tenemos que hacer” para justificar que estamos

vivos, sino de algo más radical que tiene que ver con el núcleo de nuestra vocación. Donde hay experiencia de gracia, la libertad se vuelve creativa.

Como cantamos en el himno litúrgico: “Solo desde el amor / la libertad germina, / solo desde la fe / van creciéndole alas”. Es verdad que a veces damos más importancia a lo que hacemos (actividades) y a cómo lo hacemos (formas y estilos) que al por qué lo hacemos (razones y motivaciones), pero todo está ligado. Los qués y los cómo varían mucho según los contextos y las posibilidades. Lo que importa es que los porqués sean claros y se recreen continuamente para que la vida consagrada no pierda su razón de ser en la Iglesia. Perder espesor numérico o ganar en edad no es demasiado grave si sabemos por Quién entregamos la vida y cuál es el sentido más genuino de esta forma de vida cristiana.

Quienes han recibido la responsabilidad de liderar las comunidades o de formar a las nuevas generaciones se sienten a menudo perdidos porque no saben cómo acompañar a las personas combinando un sano realismo (la situación no es nada fácil) y una radical esperanza (nuestra vocación la demanda). No es extraño, pues, que muchas personas consagradas se muestren reticentes a la hora de aceptar estas tareas y que algunas se sientan sobrepasadas y hasta quemadas. Y,

sin embargo, es una misión hermosa y desafiante acompañar a los hermanos y hermanas en momentos de fragilidad y perplejidad. Cuando todo parece ir bien, los grupos humanos suelen funcionar por la inercia del éxito y por la satisfacción de los frutos.

El verdadero liderazgo se pone a prueba cuando hay que afrontar situaciones difíciles. El primer servicio de los líderes es ayudar a ver, en contra de cualquier narcisismo perfeccionista, que la fragilidad es un terreno divino, que Dios se hace más presente cuando nos sabemos débiles y necesitados. Por otra parte, tanto los superiores como los formadores están llamados a descubrir y proponer la belleza de lo pequeño, a sugerir y animar dinámicas comunitarias y apostólicas que no se ahoguen en la nostalgia de los tiempos de abundancia y productividad, sino que exploren una forma de vida basada en la autenticidad, la cercanía, la apertura, la colaboración, la serenidad y la paciencia. La vida consagrada actual está llamada, en definitiva, a hacer vida el salmo 127: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no

guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas”.

La revista *Vida Religiosa* quiere hacerse eco de lo que ya estamos viviendo, agradecer los muchos signos de vida que se dan en nuestras comunidades monásticas, conventuales y apostólicas y, a la vez, proponer nuevos caminos, dar voz a quienes son centinelas del futuro. Por eso, agradecemos todas las sugerencias que nos lleguen de nuestros lectores. Llevamos meses trabajando en un nuevo proyecto digital que facilite el acceso a la revista, sobre a todo a aquellas personas y comunidades que viven en fronteras de misión adonde no llega con facilidad la edición impresa. Nos gustaría seguir prestando un servicio de escucha, acompañamiento y animación. Deseamos abrirnos a algunos ámbitos hispanohablantes donde la revista todavía no es muy conocida. Soñamos con involucrar cada vez más a personas consagradas de distintas áreas culturales y eclesiales para que la reflexión se enriquezca con nuevas voces y refleje mejor el rostro plural de la vida consagrada en la Iglesia en la que “caminamos juntos”. *YJ*

Nuestra portada

La vida consagrada no conoce fronteras ni periferias. Está presente allí donde hay necesidades humanas, donde la gente busca y espera. Una de las fronteras más ignoradas es el mundo rural, las zonas vaciadas donde escasea el trabajo, los jóvenes emigran, los servicios son precarios y los ancianos conviven con su soledad. La tranquilidad y belleza de este mundo rural podría ser un antídoto contra la fiebre del mundo urbano, pero a menudo se trata más de un deseo que de una realidad.





4

Historias menudas jubilares:

Exaltados

Mariano José Sedano

5

Experiencias:

«Acompaño a cristos rotos por el dolor y la soledad»
Carlos González García

10

Observatorio de humanidad:

Objetos voladores
Valentina Stilo



11

Reflexión:

¿Qué podemos hacer?
Gonzalo Fernández Sanz

20

Hablando en dialecto:

Motas, pajas, vigas y colirios

Dolores Aleixandre

21

Retiro:

«*Manos a la obra, comencemos la construcción! Y se animaron unos a otros para esta hermosa tarea*»
(Neh 2,18)

M. Elena Díaz Muriel

29

Algo está brotando:

«*Hoy es el día más feliz de mi vida*»

Miguel Márquez

30

Entrevista a:

Mons. Juan José Chaparro
Ignacio Virgillito

36

Ecos del claustro:

Belleza, pruebas y esperanza
Mª Pilar Avellaneda

37

Herramientas para la vida comunitaria:

iJuguemos al parchís!

Manuel Ogalla

40

Institutos de vida consagrada:

Hermanas de la Caridad de Santa Ana

Esperanza García Paredes

43

Actualidad:

La vida consagrada, peregrina en esperanza
Juan de Dios Carretero

46

Desde Oriente:

¿*Algún modelo a seguir?*
Paulson Veliyannoor

47

Rincón cultural:

Cuéntame un cuento
Libro: *Encuentra Misterio en tu vida*
Pedro M. Sarmiento

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristó Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Pedro M. Sarmiento.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, Ruth Guerrero, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Freepik. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido). Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS JUBILARES



Exaltados

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Acabo de regresar de Neuzelle, una abadía del Císter fundada en el siglo XII entre las forestas de Brandenburgo, en el este de Alemania, lindando con Polonia. Es un gran complejo monástico con una impresionante iglesia, hipérbole del barroco alemán.

En 1817 el estado prusiano confisó la propiedad y expulsó a los monjes. Cerrado por real decreto. Sin embargo, desde 2017, por iniciativa del obispo católico de Görlitz, los cistercienses están de nuevo allí. Una comunidad de siete monjes han vuelto a poblar los antiguos muros llenándolos con cantos, oración y trabajo.

Se nota su presencia. Lo que antes era solo un museo ha reverdecido espiritualmente y se ha convertido en faro de luz.

Dependen de la célebre abadía austriaca de Heiligenkreuz (la Santa Cruz). Han tratado durante varios años de que el estado de Brandenburgo les vendiese los lugares en que habitan dentro del monasterio.

Todo ha sido en vano.

Al final, cerradas todas las salidas, con un coraje rayano en la inconsciencia, han decidido empezar de cero. Con la que está cayendo. Cuando lo normal es cerrar monasterios y conventos, estos siete locos de atar, con una alegría contagiosa y un valor a prueba de bombas, quieren edificar un monasterio a partir de la nada.

En la Europa menos cristianizada de todos los tiempos y en la región donde hay más ateos del mundo (según estudios serios). A pocos kilómetros de una ciudad fundada en 1952 por el régimen comunista como la primera ciudad sin Dios.

Precisamente ahí.

Han comprado un terreno en el bosque, donde antes había una casa de reposo para los agentes de la terrible Stasi. Han derribado el edificio y han plantado una gran cruz. La exaltación de la Cruz a la que se aferran como ancla de esperanza les ha hecho exaltados y soñadores. Nada les echa para atrás. Las obras pueden durar más de quince años. Nadie sabe lo que va a costar. Una enormidad, sin duda. Y no saben de dónde saldrá el dinero. Pero no se rinden.

Ya están rehabilitando una granja a pocos kilómetros para vivir mientras duren las obras. Tienen algo que atrae a jóvenes absolutamente ayunos de experiencia religiosa o cristiana, pero que pasan temporadas viviendo, trabajando y rezando con ellos. No me digáis que no es hermoso comenzar el curso contagiados por el entusiasmo de estos monjes.

Que podamos abrir horizontes y soñar codo con codo con Kilian, Símeon, Isaak, Malachias y el resto de los hermanos de Neuzelle. Gente menuda y encarnación viva del año jubilar. *Yf*

EXPERIENCIAS



Emilia Rangel

La vida consagrada en el corazón de la vida rural

«Acompaño a “cristos rotos” por el dolor y la soledad»

El medio rural nace como un sueño habitado donde los pueblos son protagonistas de su identidad, donde la parroquia se convierte en familia, lumbre y hogar. Dios sonríe como uno de tantos al contemplar la riqueza de esas relaciones fraternas que habitan la tierra que determina un estilo de ser, de compartir, de vivir. Y ahí brota el Evangelio, en las miradas consagradas que, desde una entrega incalculable, ponen límites a la soledad y visten de ternura al Amor.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

Hace 27 años llegué a este lugar, enclavado en el Parque Natural del Alto Tajo, donde la naturaleza y la soledad de la despoblación te envuelven por todos lados", reconoce sor *María Nela Grijalba*, religiosa cisterciense en el *monasterio de la Madre de Dios*, en Buenafuente del Sistal (Olmeda de Cobeta, Guadalajara). "Y puedo decir que fue como un arrancón del mundo donde vivía y una plantación en este rinconcito. Fue Él quien me trajo aquí, me llamó y me sedujo. Una vez dentro, me cautivaron el lugar, la liturgia y ese esconderme en Dios".

La mirada contemplativa de María reza en cada suspiro, en los ojos de aquellos que acuden a este hogar en busca de un consuelo que renueve su esperanza, que adormezca su dolor, que acicale los rincones de su alma. "A lo largo de estos años -cuenta la consagrada- he comprendido que Él no solamente me había traído aquí para permanecer escondida, sino que me ha ido llevando a ser capaz de estar en la vida de los hermanos sin moverme del sitio, a rezar por ellos, a estar cerca y a dar una palabra de consuelo, a pesar de la distancia".

Donde «se palpa la fragilidad»

La misión en el mundo rural tiene una dimensión *esponsal*: cuando vas a una población, te casas con ella y lo compartes todo. Así lo vive esta religiosa, nacida en Logroño hace 52 años, que ahora cumple con las tareas de sacristana, cantora y económica en su comunidad. "No es solamente la renuncia a bienes materiales, sino que esa liberación interior te lleva a liberarte del apego a las cosas, a las personas, a las comodidades, al poder, al ser más que...", confiesa, con sus ojos abiertos al Misterio, para hacerse pobre con el pobre, "a pesar de que en muchos momentos me sonrojo de ver-

güenza cuando miro mis manos, mi monasterio, mi día a día al que no le falta de nada, y veo y siento a muchos hermanos que, sin haber hecho opción libre de vivir ese voto, les ha tocado experimentarlo en sus propias carnes".

En ese eco vulnerable y rural por donde pasan, a diario, vidas rotas por el dolor, "se palpa la fragilidad en esta comunidad pequeña, en medio de la despoblación de esta parte de la España vacía", recuerda. Pero también se encuentra "en la mujer, el hombre o el joven que acuden a nuestro monasterio, muchas veces huyendo del mundanal ruido, otras por hacer un hueco a ese encuentro con el Señor, y otras a compartir su 'rotura' como persona, pareja, empresario, padre, religioso, sacerdote, joven desorientado, con adicciones, etc., donde solo necesitan unos oídos que escuchen, una palabra de aliento y una oración que les acompañe".

Los ojos de sor María Nela reflejan el misterio escondido de lo eterno, de aquello que solo puede palparse desde el Amor. Ahí, reconoce, "es donde se ve el rostro de Cristo, donde el Señor sale al encuentro de estas personas y, también, al mío propio", porque "me saca de mi estabilidad, me remueve, me invita a acoger, a rezar, a estar ahí, a saber que siempre hay alguien que quizá necesite compartir su pobreza conmigo y yo con él o con ella, una riqueza que jamás hubiera imaginado". Un lenguaje que escribe con cada grieta de sus bendecidas manos: "Cuando entro en la historia personal de cada uno, intento hacerlo a pie descalzo y a corazón abierto". Y es ahí, en ese acompañar desde el silencio, desde la oración, desde el compartir unos momentos, donde Cristo te resitúa en tu propia vida. "Ese Dios de los ojos misericordiosos, con los que me mira a mí, lleno de ternura y de compasión, es el que me invita a mirar y a ver, en

el otro, al mismo Cristo”, asiente, consciente de que solo en la desnudez desvalida del dolor se llegan a oír los gritos de un Dios que se revela en la pequeñez de la carne y del barro, en las heridas de todos los que lloran.

«La tierra sagrada que piso es una manifestación del rostro del Buen Dios»

Cristo se hace presente en la Palabra escuchada y cantada, en el Pan partido y en la acogida fraterna. Al otro lado de la orilla, “cada espacio de tierra sagrada que piso es una manifestación del rostro del Buen Dios para mí, un espacio de encuentro con el Dios de la Vida y con la vida de tantos hombres y mujeres que me revelan su presencia amorosa y compasiva”, descubre *Emilia Rangel*, laica consagrada desde hace más de 30 años en el *Instituto Secular Hogar de Nazaret*.

Empeñada en ser un destello del Maestro de Nazaret, Emi es una mujer de confiar y esperar los tiempos de Dios. A nivel de diócesis, ostenta en Badajoz el cargo para la atención y el acompañamiento espiritual en el hospital público de Llerena, y el de responsable de la pastoral juvenil-vocacional dentro del instituto. Su carácter, sonriente y profundamente humano, le hace oír el rumor del viento que hace nuevo el camino del Verbo en cualquier noche a la intemperie: “Es vivencia, es un estilo, una manera de vivirte y ser en la entrega cotidiana con los que vas haciendo camino”. ¿Y cómo?, dejo caer en sus ojos... “Dejándome afectar por las vidas de los demás, mirando la realidad e implicándome en ella desde dentro para acoger las alegrías, necesidades y preocupaciones de aquellos con quienes convivo, de los que llaman a mi puerta o de los que cada día visito y acompaña en los procesos de enfermedad y vulnerabilidad”.



María Nela Grijalba

El mandamiento principal del amor se hace vida en su vocación, desde el estar, escuchar, aprender, vivir, sostener, cuidar y no quedarse quieta ante las injusticias y los problemas de los más débiles. “En el hospital donde acompaña a tantos cristos rotos por la enfermedad, el dolor y la soledad, en la evangelización con los niños y jóvenes, en las reivindicaciones y luchas en plataformas, en las conversaciones con los que me encuentro por las calles, en los atardeceres de la campiña sur...”.

Llamados a dejarnos llevar «por Quien nos habita»

En la ecología integral que transversaliza la encíclica *Laudato si'* y que converge con el deseo de *Fratelli tutti*, se propone una calidad de vida digna, capaz de encarnar el evangelio de la creación y de lo humano a la vida rural.

“Los ojos con los que me mira Dios están llenos de bondad, de compasión, de ternura, de misericordia y de predilección”, afirma con orgullo, como si su amor divino estuviera oteando el horizonte de su vida. “Se fijó en mí, su

mirada abrazó mi vida, una vida entretejida de circunstancias familiares muy complicadas y complejas; aún camino con ellas y desde ellas. Esta mirada tierna me hizo descubrir a un Dios que no se me había revelado y que sabe hacer bien las cosas; un Dios que me hizo sentir que para Él soy única y especial". Un Dios que nace en lo escondido, para mostrarle la llave que calma los vagidos que, de noche, supuran de su herida. "Creo en Dios que es Padre, que es Madre; creo en Jesús de Nazaret; creo en el proyecto de vida que Él vivió, el Reino; y creo en el camino de ese Reino, que son las bienaventuranzas".

Para la consagrada pacense de 55 años nacida en Villalba de los Barros, ser discípula en esta iglesia rural implica "ser misión en el mundo del modo de vivir del Señor". Él nos ha mostrado cómo es Dios, "y no de cualquier modo", reconoce; y, por eso, "sus seguidores hemos de gritar con nuestros gestos creíbles este amor de Dios al mundo, siendo testigos de esperanza porque somos llamados a dejarnos llevar por los rasgos y los sentimientos de Quien nos habita".



Ángela León

Un barrio desfavorecido, ocupado y con tráfico de drogas

La misión de la Iglesia es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Por eso es tan importante conocer la tierra donde sembramos el Evangelio y dejarnos interpelar por su luz. Con Cristo inserto en su quehacer diario y rural, vive la hermana Ángela León, religiosa del Buen Pastor desde 1997. Como responsable del núcleo de Badajoz y la misión que lleva a cabo en el *Centro Vía María*, tutela un proyecto para la promoción sociolaboral de mujeres en riesgo de exclusión.

Desde su vocación como religiosa, médica y ciudadana, necesita relacionarse con otros para llenar su vida y entregarla después: "Vivo en un barrio desfavorecido que requiere mucha atención para llegar a un mínimo de habitabilidad y dignidad; con casas ocupadas por colectivos 'menos exigentes' como son inmigrantes, muchos habitantes de etnia gitana, mayores que no quieren abandonar lo que ha sido su hogar...". Todo esto, "lleva al barrio a un proceso de precariedad, al que se une que es zona de tráfico de estupefacientes". Un terreno delicado que no asusta a esta consagrada de 60 años. "Vivir aquí me ayuda a estar cercana a estas mujeres y familias que son los preferidos del Señor". Por supuesto, "hay que contar con el don de Dios que me capacita y me ayuda a que no lo viva como renuncia o falta, sino que hay cosas que no me hacen falta; es una alegre austeridad".

«El encuentro con el pueblo te realiza como persona»

En las oscuras soledumbres y vacíos, a veces no llega casi nadie. Por miedo, por respeto, por el olor que florece al otro lado de la frontera.

Ángela comparte su tiempo con el apoyo familiar en ámbito rural. En po-

blaciones pequeñas, las posibilidades culturales, laborales, de servicios, etc., pueden ser más escasas, pero hay una gran riqueza y es el encuentro con los otros: “En el pueblo conoces y te conocen, se habla y compartes con vecinos, en la cola del pan, del banco, en la puerta del médico o de la iglesia”. Y este encuentro “te ayuda a realizarte como persona; si te aplicas, te facilita el encuentro contigo misma, con los que te rodean, con la creación, con Dios...”.

A veces, “las dificultades y, sobre todo, las dudas te harían desfallecer”, pero “contárselo al Señor, apreciar esa manera suya de amar, acogedora, sencilla y sin palabras que te llena de paz y serenidad, lo aporta todo e implica seguir tras sus huellas hasta que lo llene todo”, afirma. En esos horizontes, el rostro de Cristo parece, a veces, esconderte. Pero no. “Abrazo al Señor cuando estos momentos de encuentro y crecimiento están acompañados de oración, de hacer hueco a Dios en el día a día, de vivir la trascendencia en lo más cotidiano, de orar al ritmo de lo que te rodea, de ser capaz de llevar a la oración lo que vivo y de vivir lo que me da la oración”.

«Dios me mira con una preciosa sonrisa»

Las relaciones con el cuidado de los espacios rurales han sido el termómetro que ha expresado la satisfacción y la felicidad que cada ser humano ha encontrado en su relación con la creación. El barro, la madera, la piedra o el hierro han hecho que lo más espiritual del ser humano se haya expresado a través de la artesanía, siempre como signos de identidad propios.

En ese sentir se reencarna la fe del pueblo, sus creencias y sus modos de mirar, siempre tamizados al trasluz de lo vivido. “La gente sencilla, la que llamamos rural, es experta en resiliencia, en saber disfrutar las cosas peque-

ñas, en sentirse orgullosa de pequeños logros propios y ajenos”. Y esto, reconoce la religiosa, “lo hacen con alegría, y eso se aprende con ellos si te implicas. ¿Cómo me mira Dios ahí? Con una sencilla alegría, con una preciosa sonrisa y un guiño de ánimo”.

Implicada en la pastoral de la salud, acompaña momentos de especial vulnerabilidad o cercanos a la muerte; detalle que le sitúa ante una realidad especialmente dura: “Acompañar a otros a tratar de que el sufrimiento sea más llevadero, si es que no se puede aliviar, me pone ante mi propia vulnerabilidad, mi propia muerte o la de los míos”. En este sentido, la hermana Ángela deja entrever que “si aprecias ese abrazo del Padre que dedica al hijo pródigo, te llenas de ese amor sencillo, puedes ayudar a otros a vivirlo también y a que la espiritualidad tenga un espacio en tu vida y, por tanto, también en la última parte de la vida: la muerte”.

Consagradas para siempre

Cuando hierve el aire, sopla un viento crucificado en las esquinas de adobe, silencio y fragilidad. Detrás de estas cortinas, agonizan muchas vidas sin nombre ni figura. Ahí permanecen estas mujeres fuertes de Dios, consagrando cada segundo de sus vidas a la serena quietud de la última morada, reflejando la presencia de Cristo en medio de ellas, en su celda habitada por la presencia del Amado y en su quehacer cotidiano fraguado en la oración litúrgica.

En medio de estas realidades rurales, tan pobladas por el sufrimiento, la desnudez y la vulnerabilidad, permanecen María, Emi y Ángela, dejándose llenar el hondón de su alma de serenidad, siendo faros de luz en su campo de batalla, en cada raíz de su sementera y en la viña que el Señor ha cincelado con la tinta de sus nombres. *YJ*

OBSERVATORIO DE HUMANIDAD



Objetos voladores

Valentina Stilo

FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI. ROMA (ITALIA)

El verano está llegando a su fin, pero el calor no parece querer ceder el paso al aire fresco del otoño aquí, en el centro de Italia. Incluso por la noche, la humedad se adhiere a la piel, que sigue sudando...

En esta noche del 13 de septiembre parece que estamos en una olla a presión: miles y miles de potenciales espectadores de un evento memorable, apiñados en Via della Conciliazione, esperando ser admitidos en los brazos de la plaza de San Pedro.

Hay extranjeros de todo el mundo e italianos que han tomado trenes y autobuses para llegar al concierto, intercalado con testimonios de constructores y constructoras de paz, que cierra el tercer Encuentro Mundial sobre la Fraternidad Humana, promovido por la Basílica de San Pedro y la Fundación Fratelli Tutti.

En la página principal del encuentro mundial aparecen los artistas protagonistas del concierto, con el título *Grace for the world* y luego la programación.

Hacia el final de la página, la pregunta que impulsa todo este gran esfuerzo por reunirse y reflexionar: “¿Qué significa ser humano hoy en día?”. La respuesta me la ofrece un sonido: “Ohhhhhh”.



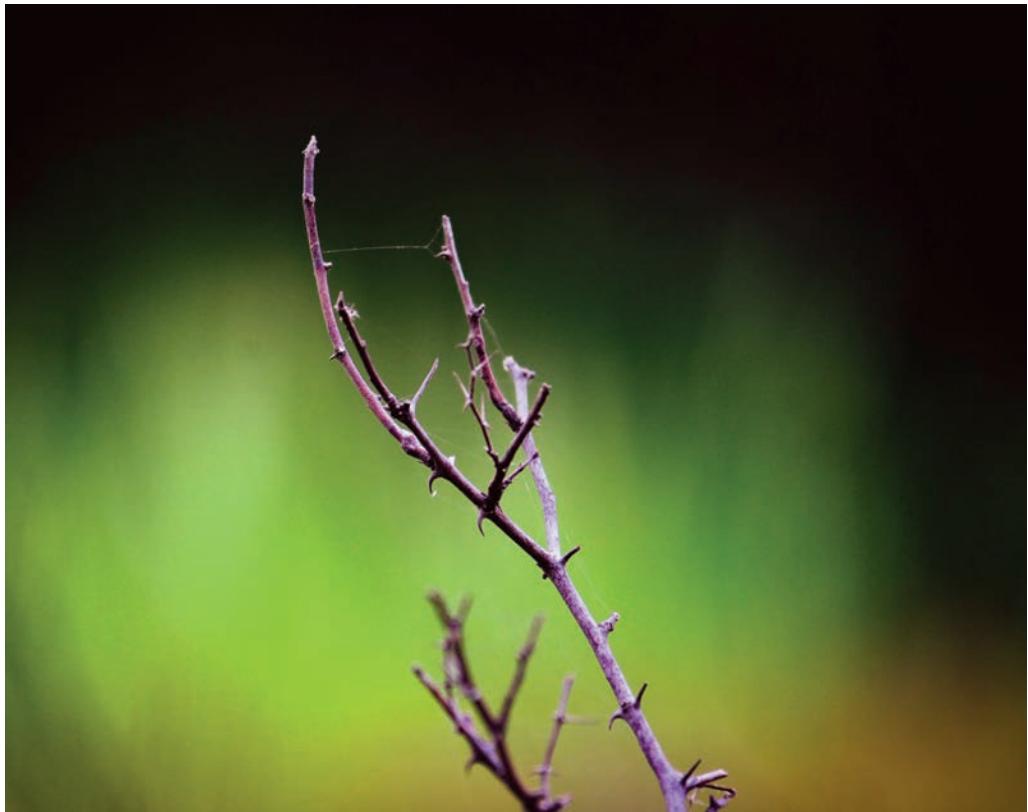
Es la nota de asombro de las miles de personas que, como yo, están apiñadas en la Via della Conciliazione, bajo el cielo de Roma, con los ojos mirando hacia arriba para ver los 3.500 drones que abren la función dibujando figuras luminosas en el aire, justo sobre la cúpula de San Pedro.

Esos mismos objetos voladores que están matando a niños, devastando ciudades, dejando ruinas materiales y espirituales a un paso de aquí, en este espectáculo nos maravillan, como si todos volviéramos a ser pequeños.

¿Qué significa ser humano... o, quizás, quiénes son los humanos? Esta noche, somos los que son capaces de asombrarse, somos curiosidad que nos empuja al descubrimiento, amor que se gasta hasta consumirse por los demás, y también somos certeza codiciosa, herida que no cicatriz y pide venganza.

Esta noche, bajo el cielo de esta Roma sin fronteras, quiero creer en el hombre Jesús, cuyo misterio revela el nuestro, un misterio de vida y plenitud, incluso cuando nuestros lados más oscuros nos hacen temer lo peor. *Y*

REFLEXIÓN



¿Qué podemos hacer?

Cada vez que llegan los meses de enero, junio y septiembre aumentan las llamadas o mensajes dirigidos a la redacción de *Vida Religiosa*. Se trata con frecuencia de economistas y económas provinciales o locales que quieren anular la suscripción de sus comunidades a la revista. La razón no es que les disguste su orientación o no puedan pagar la cuota. Es más dolorosa: se suprime su comunidad. Es obvio que cada vez que se cierra una casa religiosa se suele perder una suscripción.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF

Este hecho, aparentemente trivial, es un indicador visible de lo que estamos viviendo. En las últimas décadas, la vida religiosa en España ha experimentado una transformación profunda, impulsada principalmente por la disminución progresiva de vocaciones, el envejecimiento de sus miembros y la consiguiente necesidad de cerrar casas y obras apostólicas. Este fenómeno, lejos de ser exclusivo del contexto español, se vive en buena parte de Europa Occidental y algunos países de América, pero en España se percibe con especial dramatismo debido al peso histórico que la vida consagrada ha tenido en la configuración social, educativa y pastoral del país. En los últimos 25 años la vida religiosa en España se ha reducido a la mitad. Al comienzo del siglo XXI había algo más de 60.000 personas consagradas. Hoy somos alrededor de 31.500, con una pérdida anual en torno a 900.

”

No todo el mundo juzga el fenómeno de la disminución numérica del mismo modo

Esta nueva situación plantea preguntas urgentes que no siempre sabemos formular con precisión y responder con valentía: ¿cuáles son las consecuencias de este proceso en la vida cotidiana y en la misión de las órdenes y congregaciones? ¿Cómo prepararnos con tiempo para una vida religiosa en la que la disminución numérica será aún más notable dentro de diez o quince años, cuando

hayan desaparecido la mayoría de los religiosos que hoy tienen más de 80 años y que constituyen la franja de edad más numerosa en muchos institutos? ¿Qué actitudes y medidas, tanto espirituales como formativas, de gobierno y económicas, hemos de adoptar hoy para transitar este momento con esperanza y fidelidad al propio carisma?

Interpretaciones y consecuencias del proceso de “pérdidas”

Conviene examinar, en primer lugar, cómo solemos interpretar estos hechos sobre los que dan vueltas las asambleas y capítulos y sobre los que se ha escrito mucho en los últimos treinta años. Lo primero que llama la atención es que no todos juzgamos del mismo modo lo que estamos viviendo. Simplificando mucho, podríamos reconocer tres interpretaciones más frecuentes:

- *Interpretación moral.* Quienes la defienden (desde obispos y sacerdotes hasta blogueros laicos) consideran que, a partir del Concilio Vaticano II, una buena parte de la vida religiosa ha perdido el rumbo. La renovación pedida por el Concilio se ha convertido, de hecho, en mundanización. Se podría decir que, en su afán de adaptarse al mundo moderno, la vida religiosa ha cavado su propia tumba, se ha “relajado”, como se solía decir hace años cuando se estudiaban los períodos de decadencia de las antiguas órdenes y los procesos de reforma. No es de extrañar, pues, que se haya vuelto insignificante para la sociedad y vocacionalmente estéril.
- *Interpretación histórica.* Sus partidarios (sobre todo, historiadores, sociólogos y teólogos de prestigio) piensan que lo que está en crisis no

es la vida religiosa en cuanto tal, sino el modelo que se impuso en los tres últimos siglos y que privilegia el aspecto funcional de esta singular forma de vida cristiana sobre su dimensión simbólica y profética. Las congregaciones fundadas para dar respuesta a necesidades sociales cubiertas hoy por la sociedad no encuentran su nuevo lugar. Por otra parte, la acentuación exagerada del trabajo (en los campos de la educación, la sanidad, la asistencia social y la pastoral) ha creado la imagen de los institutos religiosos como cuerpos especializados al servicio de las necesidades sociales y eclesiales, dejando en penumbra su estilo de vida alternativo. Un modelo está desapareciendo mientras otros, estadísticamente pequeños, se van abriendo paso. Estamos en una etapa de purificación y transición, en el atardecer de una forma

histórica que ha sido preponderante y muy útil en el pasado y en el amanecer de otras nuevas que irán tomando forma en los próximos años.

- *Interpretación existencial.* Sin despreciar la parte de verdad que pueden contener las anteriores interpretaciones, esta tercera pone el acento en la manera como los religiosos vivimos hoy nuestra experiencia vocacional en un mundo cambiante. No padecemos una grave crisis moral (los religiosos somos, por lo general, personas piadosas, trabajadoras y “observantes”), sino existencial. No estamos plenamente a lo que tenemos que estar. Estamos descentrados o —por utilizar una expresión del P. Adolfo Nicolás— “distraídos” por polarizaciones ideológicas, excesivo cultivo del propio “ego”, narcisismo espiritual que no reconoce



a Dios en la fragilidad, avalancha de estímulos, etc. El gran desafío es pasar de la distracción al centro de la experiencia de fe, la única que puede justificar la entrega de la propia vida.

”

La reducción numérica impone procesos de unificación o fusiones

Más allá de las interpretaciones personales o institucionales que damos a lo que hoy estamos viviendo, las consecuencias son evidentes. Señalo algunas:

- *Impacto en la identidad y autoestima de las comunidades.* Una de las primeras consecuencias del cierre de comunidades y casas es la herida profunda en la identidad colectiva y personal de las personas consagradas. Muchas congregaciones nacieron y crecieron en contextos de expansión, donde abrir una nueva casa era signo de vitalidad y fidelidad al Evangelio. El cierre, por el contrario, suele vivirse como fracaso, pérdida o incluso deslealtad a la misión fundacional. El impacto psicológico y afectivo se traduce en sentimientos de impotencia, nostalgia, miedo al futuro y una posible disminución de la motivación. También se producen duelos colectivos e individuales que, si no son acompañados adecuadamente, pueden derivar en bloqueos y resistencias para afrontar los retos del presente.
- *Debilitamiento de la presencia carismática y social.* El cierre de

obras y proyectos apostólicos —colegios, residencias, hospitales, centros de espiritualidad, parroquias, iniciativas de promoción social, etc.— implica una disminución notable de la presencia pública y del testimonio carismático de la vida religiosa. Muchas congregaciones han sido referentes en ámbitos clave de la educación, la sanidad o el acompañamiento social, y su retirada supone, en ocasiones, dejar huérfanos a sectores de la población que encontraban en ellas un apoyo fundamental. Además, se reduce la visibilidad del carisma y, a menudo, la capacidad de proponer la vida consagrada como opción vocacional atractiva para las nuevas generaciones.

- *Cambios en las estructuras y modos de organización.* Con la reducción numérica y el envejecimiento de los miembros, las estructuras tradicionales de gobierno, formación, organización y vida comunitaria dejan de ser sostenibles. Se imponen procesos de unificación de provincias, fusiones entre comunidades, venta de inmuebles, externalización de servicios y, en algunos casos, la integración de obras en fundaciones o instituciones laicales. Este proceso de reestructuración implica a menudo desarraigo y confusión. Requiere un esfuerzo grande de adaptación y, a veces, genera tensiones internas por la pérdida de autonomía de las comunidades o por los cambios en la cultura institucional.
- *Reconfiguración de la misión y nuevas formas de presencia.* Ante la imposibilidad de sostener las obras tradicionales (sobre todo aquellas que exigen mucho personal y recursos económicos), surge la pregunta sobre el modo de vivir y expresar



el propio carisma hoy. Muchas congregaciones están experimentando formas más sencillas, pequeñas y flexibles de presencia, optando por comunidades insertas en medios populares, la colaboración con laicos, el acompañamiento espiritual o el trabajo en red. Esta reconfiguración invita a redescubrir la esencia del propio carisma y a buscar modos inéditos de ser fermento evangélico en la sociedad.

Desafíos para los próximos 10-15 años

Las proyecciones apuntan a que en los próximos 10 o 15 años la disminución numérica será aún más pronunciada, con comunidades envejecidas, escasas incorporaciones de nuevas vocaciones y en algunos casos, destinos de otros continentes.

Podemos cerrar los ojos y vivir pensando solo en nosotros, con un sentido providencialista que es casi obsceno, pero eso no cambia la realidad.

El escenario lleva a plantear, con realismo y sin dramatismos, la posibilidad de que algunas congregaciones desaparezcan o, al menos, pierdan presencia en determinados territorios o ámbitos apostólicos. Esta realidad exige un discernimiento profundo sobre la finalidad presente y futura de la vida religiosa y la necesidad de preparar procesos de cierre o transformación de modo responsable y evangélico. Jesús mismo, al hablar de las condiciones del discipulado, se refiere a la necesidad de calcular los gastos antes de construir una torre (cf. Lc 14,28-30) o de ver si un rey puede hacer frente a otro

con el número de soldados disponibles (cf. Lc 14,31-32). La conclusión es terminante: “Aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33). ¿Está llamada la vida religiosa actual a “renunciar a todo lo que tiene” (incluida la fuerza numérica) para seguir a Jesús de otra manera? ¿Somos capaces de hacer este tipo de cálculos con suficiente previsión?

”

La transmisión de la espiritualidad se convierte en un reto central

Relevo generacional y de la transmisión carismática

La ausencia de relevo generacional plantea el riesgo de que se pierda la memoria viva del carisma y el estilo propio de cada instituto. La transmisión de la espiritualidad, tradiciones y misión a las nuevas generaciones —tanto consagradas como laicas— se convierte, pues, en un reto central. Urge crear espacios de formación, acompañamiento y experiencia compartida donde el carisma pueda ser asumido y recreado de formas nuevas. Este proceso es el que han emprendido bastantes congregaciones desde hace años.

Vulnerabilidad de personas mayores y necesidad de cuidados

La mayoría de las comunidades que permanecen abiertas lo hacen gracias al esfuerzo de miembros de edad avanzada, muchas veces frágiles y con necesidades de atención integral, que tienen que aceptar car-

gos de gobierno, responsabilidades económicas y pastorales, cuando en la sociedad civil estarían plenamente jubilados. A esto se suma la dificultad para encontrar personas jóvenes dispuestas a asumir responsabilidades de gobierno o animación, lo que puede llevar al agotamiento y al deterioro de la calidad de vida comunitaria. De hecho, un fenómeno preocupante es el desgaste al que están sometidos los pocos religiosos jóvenes por la acumulación de tareas. El futuro de la vida religiosa dependerá, en parte, de la capacidad para cuidar y acompañar con dignidad y ternura a las personas mayores, recurriendo también a servicios especializados cuando sea necesario.

¿Cómo prepararnos para una vida religiosa empequeñecida?

El tipo de vida religiosa de los próximos años dependerá, en buena medida, de lo que preparemos hoy. Las “sorpresas de Dios” deben encontrar el terreno preparado. Señalo algunas orientaciones que pueden ayudarnos.

Ser comunidades de discernimiento y esperanza

Es fundamental crear en nuestros institutos un clima de discernimiento comunitario, donde se pueda hablar con libertad y honestidad sobre la situación, los miedos y las oportunidades que se abren. El discernimiento no es solo una técnica de toma de decisiones, sino una actitud espiritual que busca, en primer lugar, escuchar lo que el Espíritu dice a las comunidades hoy. En el marco de una vida religiosa sinodal, este discernimiento no está reservado solo a los que ejercen el gobierno, sino abierto a todos los miembros, lo cual exige en primer lugar una información objetiva y clara y también una actitud



de corresponsabilidad: "El porvenir de mi congregación es mi porvenir".

Cultivar la esperanza no significa abandonarse a un optimismo ingenuo, sino creer con firmeza que el Espíritu sigue actuando en la historia y que nos da clarividencia y fortaleza para vivir este tiempo como tiempo de gracia. De esta manera, podemos afrontar el futuro sin nostalgia paralizante, abriéndonos a la novedad de Dios.

Redescubrir la vida fraterna en su esencia

La crisis numérica puede ser oportunidad para redescubrir la belleza y la fuerza de la fraternidad vivida en lo cotidiano, en lo sencillo, en la hospitalidad y el acompañamiento mutuos. Las comunidades pequeñas, intergeneracionales y abiertas a la diver-

sidad cultural pueden ser espacios privilegiados para cultivar relaciones sanas y fecundas. Es tiempo de simplificar estilos de vida, de desprendernos de estructuras y actividades que ya no responden a la realidad, y de poner en el centro la calidad de las relaciones y la vida espiritual compartida, exorcizando el peligro de individualismo que se cierne sobre la vida comunitaria y que se alimenta con las adicciones digitales. Aquí se abre camino una nueva fecundidad apostólica y una credibilidad que no se basa en la magnitud de las obras, sino en la autenticidad del estilo de vida.

Fomentar la colaboración con laicos y otras formas de vida consagrada

El futuro de muchos carismas pasa por la colaboración y la corres-

ponsabilidad con los laicos que comparten la espiritualidad y la misión de las congregaciones. Es necesario abrir o seguir cultivando espacios de formación, participación y toma de decisiones conjunta, superando el clericalismo y apostando por una auténtica comunión eclesial. Además, la vida religiosa puede enriquecerse por el contacto y la colaboración con otras formas de consagración (por ejemplo, los institutos seculares) y vida comunitaria, incorporando experiencias nuevas y creativas.

”

El futuro reside en la calidad y el sentido de la presencia

En este marco sinodal, habría que caminar con más audacia hacia un “discernimiento eclesial” de nuestras presencias en las iglesias particulares. En comunión con el obispo, los distintos institutos de vida religiosa deberían discernir qué presencias pueden mantenerse y cuáles deben cerrarse, pensando no solo en los intereses de la propia congregación, sino en las necesidades de la iglesia particular.

Revisar y adaptar las estructuras de gobierno

La disminución numérica y el envejecimiento piden estructuras de gobierno más ágiles, sencillas y participativas. No podemos someter a los superiores mayores y a sus consejeros a la tiranía de viajes continuos e infinitas reuniones como cuando las provincias eran más pequeñas. Es quizás también el momento de revisar

los criterios de elección y duración de los cargos, incluso de crear equipos intercongregacionales para servicios de animación, de promover el liderazgo de personas jóvenes y de buscar fórmulas que faciliten el relevo. La transparencia, la comunicación fluida y el acompañamiento personalizado serán clave para sostener comunidades cohesionadas y motivadas. El caso de algunos monasterios de clausura, reacios a unirse a otros a pesar de su gran fragilidad, exige un tratamiento especial.

Opción por la misión significativa y la presencia testimonial

Parece claro que el futuro de la vida religiosa no reside en la cantidad de obras o en la magnitud de las infraestructuras, sino en la calidad y el sentido de la presencia. Se trata de discernir con tiempo cuáles son los ámbitos y las acciones en los que la vida religiosa puede ofrecer un testimonio genuino, aunque sea en formas humildes y discretas. Optar por lo esencial, por aquellas presencias que sean realmente significativas para la Iglesia y la sociedad, aunque suponga renuncias dolorosas, es un acto de fidelidad al Evangelio y un camino de futuro.

Espiritualidad de la confianza, la gratitud y el desapego

La crisis actual es también —y, sobre todo— una fuerte llamada a una mayor profundidad espiritual. Cultivar una espiritualidad de confianza en Dios, gratitud por la historia recorrida y desapego respecto a obras, títulos o modos de hacer permitirá afrontar los cambios con libertad y serenidad. La vida religiosa está llamada a ser signo profético no por su poder o influencia, sino por su capacidad de vivir en pobreza, sencillez, alegría y libertad inte-

rior, por representar un estilo de vida alternativo al que hoy se impone en nuestra sociedad. El acompañamiento espiritual, los retiros, la formación permanente y la celebración de la memoria carismática serán herramientas valiosas en este proceso.

Actitudes y medidas para el presente

Actitudes personales y comunitarias

- Realismo evangélico: aceptar la situación con lucidez, sin autoengaños ni dramatismos, abiertos a la llamada de Dios en lo nuevo.
- Esperanza activa: confiar en la fecundidad de lo pequeño, de lo oculto y lo aparentemente insignificante.
- Creatividad y audacia: atreverse a imaginar y a ensayar nuevos caminos, sin miedo al error ni al qué dirán.
- Comunicación y participación: fomentar espacios de diálogo, de consulta y de toma de decisiones compartida.
- Corresponsabilidad: implicar a todas las personas en la búsqueda de soluciones y en la asunción de retos comunes.
- Cuidado mutuo: priorizar la atención a las personas más frágiles y el acompañamiento personal.

Medidas de gobierno y organización

- Revisar las estructuras de gobierno, adaptándolas al tamaño y necesidades actuales.
- Promover la formación de equipos y consejos intergeneracionales y multiculturales.
- Facilitar la integración de laicos en la animación y gestión de obras y comunidades.
- Planificar con tiempo los procesos de cierre de casas y obras, asegurando la continuidad pas-

toral y el cuidado de las personas afectadas.

- Garantizar la conservación y transmisión del patrimonio espiritual y cultural de la congregación.

Opciones espirituales y pastorales

- Cuidar la vida de oración, la celebración de la fe y los espacios de silencio y contemplación.
- Favorecer el acompañamiento espiritual y la formación permanente, integrando los nuevos desafíos de la sociedad y de la Iglesia.
- Celebrar la memoria y agradecer el camino recorrido, integrando los duelos y pérdidas como oportunidad de crecimiento.
- Abrirse a la novedad del Espíritu y mantener una actitud de discernimiento constante.
- Ofrecer presencia y acompañamiento en los márgenes, allí donde otras personas no llegan, como signo de la misericordia y la cercanía de Dios.

Conclusión: vivir el futuro como oportunidad

El cierre de casas, comunidades y obras no es simplemente el final de una época, sino —leído con fe y esperanza— la oportunidad de volver a las raíces, a lo esencial y a la confianza radical en Dios. La vida religiosa en España y en Europa, despojada de seguridades y poder, está llamada a ser signo humilde y fecundo del Evangelio, fermento de comunión y testimonio de entrega. Si se asume el presente con realismo y esperanza, y se afrontan los desafíos desde la fraternidad y la creatividad, el futuro, aunque incierto y exigente, será también tiempo de gracia y de nuevas posibilidades. *Yr*

HABLANDO EN DIALECTO



Motas, pajas, vigas y colirios

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Uno de los peligros siempre al acecho en la vida comunitaria es el acoger como huéspedes tóxicos a sor Severa del Divino Jucio y a fray Justiniano de la Santa Intolerancia. Como llevo batallando con ellos largos años y tengo muchos, me atrevo a compartir las estrategias y armamento —estamos en clave de *rearne* mundial...— que considero más eficaces para su derrota y expulsión.

De entrada, reconocer en mí una incapacidad desesperante para no estar constantemente juzgando: aceptar con humildad esa imposibilidad me prepara bastante para lo que sigue. Luego trato de detectar quién está detrás de las respuestas a la pregunta de Jesús: “*¿Cómo puedes decirle a tu hermana: ‘Hermana, déjame sacarte la paja que tienes en tu ojo, si no ves la viga que tienes en tu propio ojo?’*” (Lc 6,41)

Sor Evasivina argumenta: “Es por hacerle un favor: ella no se da cuenta de que, cuando se queja de la visita, es precisamente por esa dichosa paja. Así que tendría que agradecerme que se la quite sin oponer resistencia”.

Sor Negatilde protesta: “Lo mío en el ojo *no es una viga*, sino una

mini mota de polvo que se me ha metido después de barrer, a ver si no exageramos las cosas. Además, lo más probable es que sea alergia, este año ha llovido mucho y está el polen desquiciado”.

Sor Victimosa gime: “Lo que pasa en esta comunidad es que cada una va tan contenta con su viga y no aguantan mis denuncias. Y si lo hago es porque, gracias a Dios, tengo la vista fantástica, que ya me lo dice el oculista. Pero mejor me callo y me aguento como siempre”.

Una vez sofocadas esas voces, me lanzo a explorar lo de: “*No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados*” (Lc 6,37) por sus grandísimas ventajas en oferta: “*Os verterán una buena medida, apretada, rellena, rebosante; porque con la medida con que midáis, se os medirá a vosotros*”. Al prometer ese beneficio inmediato e inesperado, es como si Jesús se preocupara más de mí como *juzgadora* que de la persona *juzgada*, como si supiera —que lo sabe— que, cuando juzgo, la digna de lástima soy yo y eso le hace venir en mi socorro.

Como último recurso, siempre le puedo comprar el colirio que está a la venta y en oferta en Ap 3,18.

RETIRO MENSUAL

8

«¡MANOS A LA OBRA,
COMENCEMOS LA CONSTRUCCIÓN!

Y se animaron unos a otros
para esta hermosa tarea» (Neh 2,18)

M. Elena Díaz Muriel, ss.cc

El «nuevo regreso»

El inicio de curso llega siempre con una mezcla de sensaciones; a veces ilusión renovada tras el tiempo de descanso, otras, cierto peso por tener que reemprender “lo de siempre”. Expectativa, novedad y entusiasmo se entrecruzan con el cansancio acumulado, la rutina que amenaza con apagar el sentido de lo que hacemos, o con el duelo, a veces incomprendido, por aquello que ya no nos toca sostener, cuidar o acom-

pañar. Sea en medio de la ilusión o entre cambios más o menos elegidos, el curso comienza... y la vida continua.

¿Cómo volvemos? Aquí está el reto... y para ello os propongo pararnos juntos y reorientar el corazón a través de una historia antigua, quizás poco transitada, pero profundamente simbólica. No es un relato que se preste fácilmente a la emoción ni a la lírica, es más, la lectura de los libros de Esdras y Nehemías es densa, in-

cluso aburrida y repetitiva en algunos momentos, pero la traemos a estas páginas no por su capacidad de conmover y emocionar, sino como testigo de que también en medio de lo monótono, repetitivo y cotidiano, el Dios de los encuentros abre caminos de novedad que interpelan y planta semillas que germinan en silencio.

Como siempre, antes de empezar elige estar aquí, disponte al Encuentro y déjate conducir por Él. Y recuerda que no hace falta agotar estas páginas, que allí donde sienta que algo se mueve, es donde estoy invitado a quedarme, pues esa es la Palabra de Dios para mi hoy.

Si te ayuda a ir entrando en clima de oración, puedes escuchar la canción “Dios con nosotros”, de Cristóbal Fones sj, disponible en las plataformas digitales.

Comencemos con un poco de contexto. Nos situamos en torno al año 587 a. C., en una Jerusalén conquistada por el ejército babilonio. El templo (centro espiritual y símbolo de la presencia de Dios) ha sido destruido. Los muros de la ciudad, derribados. Y gran parte de la población, especialmente las élites religiosas, políticas y culturales, deportadas a Babilonia. Los dos pilares de la promesa han caído. El dios babilonio ha sido más fuerte que el Dios de los hebreos. Pareciera que hay historias destinadas a repetirse...

Sabemos que lo que vivió aquel pueblo no fue solo un desastre material, sino una auténtica crisis de identidad y de fe. ¿Dónde estaba Dios? ¿Qué sentido tenía la promesa? ¿Podía seguir existiendo el pueblo de Israel lejos de su tierra y sin templo? Pasaron casi 70 años en el exilio, una vida entera. Hubo quien murió lejos de Jerusalén, quien aprendió nuevas lenguas, adoptó costumbres distintas

y formó familia en tierra ajena; pero también hubo quien mantuvo viva la esperanza, quien siguió orando con los salmos y quienes enseñaron a sus hijos a no olvidar de dónde venían.

*“Junto a los canales de Babilonia,
nos sentamos a llorar,
con nostalgia de Sión.*

[...]

*Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;
que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías”*

Salmo 137 (136)

Y resulta que, un día, sucede lo inesperado: el imperio babilonio es conquistado por los persas, y el nuevo rey, Ciro, permite el regreso a Jerusalén de todo el que así lo quisiera. Solo volvieron algunos, los que sintieron en el corazón esa llamada, pero lo que encontraron no fue una ciudad floreciente, sino una Jerusalén en ruinas: sin templo, sin organización, sin certezas. Un campo de escombros que no parecía promesa, sino cicatriz.

Y sin embargo... regresan. Porque no se puede vivir eternamente en el exilio, porque algo en lo profundo les llama a reconstruir (y a nosotros nos recuerda que vivir desde la fe no significa simplemente conservar “lo de siempre”, sino atreverse a empezar de nuevo, incluso cuando todo alre-



dedor no parezca más que las ruinas de un pasado glorioso).

En un tiempo donde la Iglesia vive entre grietas y búsquedas, donde sentimos el peso de los años y la falta de relevos, en el que asistimos al alejamiento de muchos o nos descubrimos agotados esperando cambios que nunca llegan, ¿cómo mantener la esperanza en aquella promesa que un día se nos hizo? En este sentido recuerdo la conversación con una hermana el día que conocimos el nombre del sucesor del papa Francisco:

—“Vaya, un segundo papa que también viene de la vida religiosa... me pregunto qué querrá decirnos el Señor con ello”.

Y cuando le pregunté a qué se refería me contestó:

—“La vida religiosa ha abandonado muchas batallas que le fueron encomendadas; somos pocos y estamos cansados. Y sin embargo, vuelve a liderar la Iglesia un religioso; cuanto menos, es curioso cómo sopla el Espíritu... me pregunto qué nos querrá decir Dios con ello”.

¿No será este también tiempo de ponernos a la escucha de un Dios para el que parece ser que seguimos siendo necesarios?

Este momento histórico (siempre antiguo y siempre nuevo) narrado en nuestra vida y no solo en los libros de Esdras y Nehemías, puede convertirse en espejo para quienes hoy afrontamos el inicio de un nuevo curso pastoral. No siempre empezamos desde un entusiasmo vibrante, a veces lo hacemos desde la serenidad de la tarea sencilla, desde el límite asumido, desde la conciencia de que lo que llevamos entre manos no es perfecto, pero sí valioso. Y eso basta para ponerse en camino.

¿Qué narrativa me está contando mi vida últimamente?

¿Qué espacio dejo a la sorpresa de Dios?

¿Estoy volviendo o solo repitiendo?

Volver es una decisión valiente y, en medio del paisaje que cada uno esté viviendo, podemos ponernos en camino porque Alguien susurra con fuerza en el corazón: “Vamos, que sigue siendo tiempo de reconstruir.”

Reconstruyamos, pues.

”

**Déjate sorprender
por la historia escrita,
Dios te espera en ella**

Dejando hueco a la Palabra

Para adentrarnos en el texto bíblico, te propongo esta relectura inspirada en los primeros seis capítulos de los libros de Esdras y Nehemías, pero no te quedes solo en ella, acércale al texto y déjate sorprender por la historia tal y como fue escrita, que Dios te espera en ella:

Habían pasado muchos años desde que el pueblo fue arrancado de su tierra.

El templo destruido. Los muros caídos. Las calles vacías.

Jerusalén, símbolo de la promesa, se había convertido en un campo de ruinas.

Pero un día, casi sin entender cómo, Dios despertó corazones.

No comenzó con milagros espectaculares, ni con ejércitos de ángeles, sino con algo mucho más discreto: una nostalgia, una inquietud, un “y si...”.

Y si regresamos...

Y si volvemos a construir...

Y si no hemos sido olvidados...

Así fue como un grupo, pequeño al principio, dejó la comodidad del exilio para volver a una ciudad rota. No volvieron como héroes, sino como obreros.

Volvieron sabiendo que no podían seguir como estaban.

El viaje fue largo. Las fuerzas, escasas.

Y lo que encontraron fue más duro de lo esperado: ruinas por todas partes, desorganización, miedo, enemigos acechando.

La tentación de rendirse apareció más de una vez.

Pero también apareció la Palabra.

Esdras, el escriba, se puso de pie con los rollos sagrados en la mano.

Y leyó. Durante horas.

Y el pueblo escuchó.

Y al escuchar, se recordó a sí mismo.

Recordaron el nombre de su Dios.

Recordaron de dónde venían.

Recordaron por qué valía la pena empezar de nuevo.

Nehemías, por su parte, no era sacerdote ni profeta.

Era un laico con corazón de líder y espíritu orante.

Cuando vio las ruinas, lloró.

Pero no se quedó en el llanto: oró, planificó, pidió ayuda y se puso manos a la obra.

Asignó tramos de muralla a cada familia.

Y así, poco a poco, piedra a piedra, comenzó la reconstrucción.

”

Volver requiere valentía y discernimiento; recordar desde dónde se camina

Vinieron burlas: “¿Qué creen que van a levantar con piedras quemadas?”.

Vinieron amenazas: “Si siguen, los atacaremos”.

Vinieron cansancios: “No podemos más”.

Pero Nehemías respondió: “Estoy ocupado en una gran obra, y no puedo bajar”.

Una frase sencilla, pero con el poder de un ancla.

Recordaba la dignidad de la misión, el valor de la entrega cotidiana, la fidelidad en lo pequeño.

Finalmente, el muro se terminó.

Y entonces, en medio de las ruinas que ya eran vida, el pueblo se reunió para celebrar.

Y escucharon estas palabras que quedaron marcadas para siempre en la memoria colectiva: “La alegría del Señor es vuestra fortaleza” (Neh 8,10).

Volver... ¿desde dónde?

Volver no es fácil. Ni entonces ni ahora. Requiere, como ya hemos dicho, valentía, pero también discernimiento. Y exige, antes de mover piedras o alzar muros, situarse interiormente, respirar hondo y recordar desde dónde y para qué se camina. Este es el primer movimiento antes de iniciar reconstrucción alguna.

Los libros de Esdras y Nehemías muestran cómo el pueblo reemprende el camino de regreso desde una postura humilde: aceptan lo que han perdido y reconocen su dependencia de Dios. No vuelven a hacer todo a su manera, sino que buscan al Señor en la Escritura, en la oración y en la comunidad; el descanso (la distancia) también nos ayuda a situarnos. No comenzamos el curso como quien emprende una carrera sin meta, sino como quien

se alinea con un sueño más grande: el Reino. Es desde esta actitud desde donde podemos discernir cuál es nuestra parte en la obra de Dios. No todo me toca, no soy el centro. Puedo hacer mi tramo del muro. Lo demás, lo hace Dios, o lo hacen otros.

En este año de la esperanza y en este momento histórico que atravesamos, parece especialmente importante afirmar que la fecundidad viene de Otro y que volver a empezar nos exige no estar exhaustos, sino disponibles. Quizás es así como los gestos se vuelven proféticos.

¿Cómo afronto el inicio del nuevo curso?

¿Me he dado el tiempo de descanso necesario para “alineararme con el Reino”?

Reconstruir la identidad: Esdras y la Palabra

Uno de los grandes protagonistas de esta historia es Esdras, el escriba. Un hombre sabio y devoto que dedicó su vida a estudiar la Ley de Dios, vivirla y enseñarla. Cuando el pueblo regresa del exilio, está profundamente desorientado. ¿Quiénes somos ahora? ¿Dónde está nuestro Dios? ¿Qué significa volver a esta tierra que ya no reconocemos?

Esdras no levanta templos ni reconstruye muros. Reconstruye algo más profundo: el alma colectiva del pueblo. Reabre el corazón a la Alianza a través de la Palabra. Recita, proclama, interpreta. Y el pueblo escucha... y llora. Llora porque reconoce su historia. Porque se sabe perdonado. Porque redescubre que sigue siendo amado.

También nosotros necesitamos de vez en cuando que alguien nos ayude a parar y nos preste palabra para poder recordar quiénes somos. No somos solo agentes pastorales,



educadores, animadores o voluntarios. Somos bautizados, llamados por nuestro nombre, enviados a una misión que no se agota en nuestras fuerzas ni en nuestra agenda.

Reconstruir la identidad no es caer en nostalgias ni buscar una restauración literal repitiendo fórmulas antiguas; más bien se trata de volver a lo esencial. Y eso solo ocurre si nos dejamos interpelar, si la Palabra nos toca, si la escuchamos no como quien cumple un rito, sino como quien busca la Verdad oculta que nos hace “dar de sí”. También esta es tarea para nuestra vida en comunidad, como hizo aquel pueblo reunido ante Esdras: escuchar juntos y recuperar lo que somos, convocados con otros.

Quizá nuestras ruinas no se vean a simple vista. No hay muros derrumbados ni templos saqueados, pero sí hay cansancios que pesan, vínculos que se han aflojado y motivaciones que se han diluido... O tal vez lo que nos cuesta es justo lo contrario: hacer espacio a Dios en medio de la eficacia, porque nos va tan bien, tenemos todo tan controlado, que hemos olvidado que no es nuestra tarea, sino suya, que es Él quien nos da el encargo. Se hace patente entonces que esto de volver a la Palabra no es un lujo, sino un acto necesario de reconstrucción interior. No para saber más, sino para recordar quienes somos y a qué estamos llamados.

''

Como Nehemías, recordemos qué merece nuestra atención y qué no

Te invito ahora a hacer silencio y darte un tiempo de oración con la pauta que tienes a continuación. No te adelantes al siguiente tramo de la reflexión, escucha lo que la Palabra te ha ido despertando y permítete aterrizar en tu corazón, en tu nombre, en tu vocación. Solo necesitas una cosa antes de empezar, una piedrecita blanca para tener entre las manos, que te servirá de hilo conductor.

Propuesta oracional:

Me has llamado por mi nombre

Canción sugerida: "A fuego, Ruah"
 «Le daré también
 una piedrecita blanca;
 la piedrecita
 lleva escrito un nombre nuevo
 que solo sabe el que lo recibe» (Ap 2,17).

Un nombre único...

Señor, a tus ojos no soy uno más.
 Me conoces con una ternura
 que me sobrecoge.

Sabes de mis manías
 y de mis entusiasmos,
 de mi forma particular de respirar, de
 mirar, de confiar o de enfadarme.

Tú me das "una piedrecita blanca",
 y en ella grabas un nombre nuevo.

Un nombre que nadie más sabe,
 solo tú y yo.

Y me lo susurras con cariño,
 o me lo gritas con urgencia.

Señor, tú me llamas por mi nombre.
 «Ahora, así dice el Señor, tu Creador: "No temas, que yo te he resca-

tado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío"» (Is 43,1).



Un carisma: el mío...

Tú sabes de qué soy capaz,
 me llamas a entregar lo que soy y
 también lo que aún no sé que tengo.

A una la invitas a ser cantora,
 a otro refugio;
 a este casa, a la otra camino,
 a una fiesta y al otro susurro.

Y a mí... ¿con qué palabra me defines?

¿Es un nombre? ¿Un verbo? ¿Un sonido?

No soy un número. Tengo una forma única de amar, de servir, de vivir.

Y todo eso, tú lo conoces. Tú lo sueñas. Dámelo a conocer.

«Existen carismas diversos,
 pero un mismo Espíritu;
 existen ministerios diversos,
 pero un solo Señor;
 existen actividades diversas,
 pero un mismo Dios
 que obra todo en todos» (1Co 12,4-6).

Y con otros, construir...

Miro ahora a los que me rodean:
 la gente con la que comparto la fe, el
 trabajo, la vida.

¿Qué nombre nuevo llevará grabado
 cada uno en su piedra blanca?

Tantos rostros, tantas historias.

En esa diversidad tú nos llamas a
 caminar juntos.

A poner lo que somos al servicio de algo más grande. A construir comunidad, a tejer vínculos, a aliviar heridas. A sostener lo pequeño con gestos grandes.

«A cada uno se le da una manifestación del Espíritu para el bien común» (1Co 12,7).

Disfruta de este momento de Encuentro, de tu nombre nuevo. Cae en la cuenta de esos dones que Dios te regala y qué carisma dormido está pidiendo paso en tu vida.

Nehemías: liderazgo, discernimiento y fidelidad

Nehemías era un funcionario del rey persa, con una vida estable y una posición cómoda. No era sacerdote ni profeta, pero tenía fe, inteligencia, capacidad de organización y una honda preocupación por su pueblo. Cuando supo del estado de Jerusalén, se conmovió. Rezó, pidió ayuda, planificó. Y cuando llegó a la ciudad, se puso manos a la obra.

No empezó a ordenar desde arriba, sino que observó y escuchó; recorrió los muros derruidos de noche, en silencio y después, implicó a otros, delegó tareas. Asignó tramos de muralla a diferentes familias, organizó turnos, sostuvo la esperanza y, cuando vinieron las burlas, las amenazas y el cansancio, se agarró a su mayor certeza: “Estoy ocupado en una gran obra, y no puedo bajar” (Neh 6,3).

No es una frase dicha desde el orgullo o la altivez, sino centrada; una manera de recordar qué merece nuestra atención y qué no. También hoy con la sobrecarga de tareas, las urgencias, las críticas, la sensación de que “no damos más”, esta frase puede ayudar a no descentrarnos: “No puedo bajar... porque esta obra, por pequeña que parezca, vale la pena”.

Líderar, nos recuerda Nehemías, no es imponer, sino sostener procesos. Es leer los signos, escuchar, delegar, acompañar, discernir los ritmos, nombrar los conflictos, cuidar los vínculos... Y, también, resistir la tentación del voluntarismo: no todo depende de ti. La fidelidad no se mide por cuántas cosas haces, sino por cómo te colocas en la tarea.

También Jesús vivió momentos así: cuando lo buscaban para ser rey, se retiraba a orar. Cuando las multitudes no entendían, permanecía fiel. Cuando Pedro quiso evitarle la cruz, le recordó que el Reino no se construye desde la lógica del éxito.

”

También nosotros llevamos el peso de grupos en los que reina el cansancio

Y también Elías, en el Horeb, descubrió que Dios no estaba en el viento ni en el fuego, sino en un susurro. A veces, seguir en la tarea del Reino es simplemente no abandonar el lugar que Dios nos confió, aunque no haya resultados espectaculares.

Podríamos traer estas historias a nuestra vida actual, pues también nosotros llevamos sobre nuestros hombros el peso de comunidades y grupos frágiles y reducidos, donde a veces lo que reina es el cansancio o la necesidad constante de replegarse para reorganizar las fuerzas. Otras veces, lo que se rompe no está fuera, sino dentro: el entusiasmo, la claridad, el sentido. Y ahí, como Nehemías, se nos llama a sostener, a resistir desde la fe, a no bajar.

¿Qué “gran obra” me ha sido confiada, aunque a veces la pierda de vista?

¿Cómo ejerzo el liderazgo en “mi parcela de poder”?

¿Qué distracciones, voces o miedos me hacen “bajar” innecesariamente?

¿Soy capaz de discernir qué depende de mí y qué debo soltar en manos de Dios?

La alegría del camino

Una vez reconstruida la muralla, el pueblo se reúne. Escuchan la Palabra durante horas, lloran, ríen, celebran, redescubren la alegría de estar juntos y de saberse pueblo de Dios. Es entonces cuando Esdras y Nehemías proclaman: “La alegría del Señor es vuestra fortaleza” (Neh 8,10).

Pero esa alegría no nace porque todo haya salido perfecto. No surge cuando el muro ya está levantado y se respira éxito. La alegría brota cuando el corazón reconoce el sentido del camino recorrido. Es memoria agradecida, es saberse sostenido, incluso en los días de cansancio. Por eso es fortaleza: porque no depende del resultado, sino del encuentro.

Y este año en especial, esa alegría se teje con la esperanza. Lejos de ser un lema optimista, el Jubileo de la Esperanza convocado por el Papa, pretende ayudarnos a mirar desde la fe incluso lo que todavía no ha florecido. A confiar no porque todo va bien, sino porque Dios sigue actuando, incluso en lo inacabado. Confiar en que todo lo sembrado amanecerá en Él, fecundo, aunque no nos toque a nosotros verlo.

Esta experiencia es la que han vivido grandes santos de nuestra historia, como Carlos de Foucauld. Hace poco terminé de leer *El olvido de sí*, de Pablo d'Ors, una novela que recoge de forma profunda y poética la vida del santo, figura paradigmática en esto de vivir la esperanza en me-

dio del aparente fracaso. En uno de los últimos capítulos del libro, el autor pone en boca del santo unas palabras que me siguen resonando:

“He corrido la carrera, he luchado en el buen combate; y aunque soy el más indigno de los misioneros, sigo amando a mi pueblo y postrándome ante el sagrario (lleno o vacío) cada noche. ¿No es esto, después de todo, vencer? De lo que acabo de escribir aquí concluyo que las categorías ‘éxito’ o ‘fracaso’ no son las adecuadas para juzgar una vida. Que lo que los hombres llaman éxito puede ser un fracaso para Dios; y lo que fracaso, el mayor de los triunfos” (*El olvido de sí*, Pablo d'Ors).

¿Dónde experimento hoy una alegría que no depende de mis logros?

¿Qué signos pequeños de esperanza se están abriendo paso en mi entorno?

Termina este tiempo de retiro y silencio con la famosa oración del abandono de Carlos de Foucauld, que nos ayuda a poner palabra al deseo del corazón:

Padre mío, me abandono a Ti. Haz de mí lo que quieras. Lo que hagas de mí te lo agradezco, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo. Con tal que Tu voluntad se haga en mí y en todas tus criaturas, no deseo nada más, Dios mío. Pongo mi vida en Tus manos. Te la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón, porque te amo, y porque para mí amarte es darme, entregarme en Tus manos sin medida, con infinita confianza, porque Tu eres mi Padre.

Ánimo, que, como Jerusalén tras el exilio, el curso está por hacer y, aunque no sepamos cómo terminará, sabemos Quién nos llama, Quién nos sostiene y Quién camina con nosotros.

“*¡Manos a la obra, comenzemos la construcción! ...y animémonos unos a otros en esta hermosa tarea!*” (Cf. Neh 2,18). 

ALGO ESTÁ BROTANDO



«Hoy es el día más feliz de mi vida»

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Es la frase memorable de un pequeño gran personaje: Leo, mi sobrino. Era un día de este verano que estamos a punto de terminar. Un día de baño en el río, en uno de esos ríos todavía sorprendentemente bañables. Estuvimos jugando en el agua más de una hora, riendo. Acaba de aprender a nadar hace pocas semanas y disfruta con la intensidad de quien vive todo por primera, única vez. Y después del agua, un rato en la huerta de Javi, mi cuñado, regando los calabacines y tomates. Al final del día, con su madre, Leo sentenció: "Hoy es el día más feliz de mi vida". Podría sonar exagerada, pero en boca de un niño suena a sentimiento verdadero y totalmente creíble.

¿Qué sangre y condición tienen los niños para vivir cada día por primera vez? ¿Es que nos es posible vivir cada día y cada momento en la vida religiosa con aquella "purificación de la memoria" de la que hablaba Juan de la Cruz, con la cual, ni el pasado, ni el futuro te impiden vivir el don del momento, acogiendo a un Dios "Eterno presente"? (cf. Isabel de la Trinidad).

Una tentación de nuestro vivir religioso es la rutina o la costumbre o la inercia... la tentación de no atrevernos a soltarnos para dejarnos sorprender y tener ojos de estupor y maravilla. Nosotros, que manejamos diariamente tesoros de incalculable

precio: vida de fraternidad, sacramentos, ducha de agua caliente y pan asegurado en la mesa, entre tantísimas otras cosas...

¿Qué fue de la frescura del amor primero, cuando todo era novedad y había mariposas en el estómago con cada pequeño detalle?

Pero el milagro existe y existirá, y nada está perdido. La vida religiosa vuelve constantemente en mil rincones a rebrotar de sus cenizas. El fuego de los orígenes no se extinguió y nos sigue regalando un día para amar y, sobre todo, dejarnos amar. Solo hoy.

Cuando pasaba por el jardín en el Carmelo de San Fernando, vi a la hermana María de Jesús (86 años), pelando tomates y mirando por la ventana. Le pregunté: "¿Qué haces?". "Aquí, pelando tomates, que es la primera vez que lo hago". Y puso cara de niña feliz. Me dijeron las monjas que todo lo hacía por primera vez. Es cierto que tenía un poco perdida la cabeza. Pero qué hermosa su actitud. Aunque hubiera pelado mil veces antes tomates, ese día era la primera vez.

¿Conocéis religiosos y religiosas que viven todo con la frescura de la primera vez? ¿Qué afrontan el porvenir con la fe en un Dios que hace nuevas las cosas? Yo sí. *Yf*

ENTREVISTA



Mons. Juan José Chaparro, CMF:

«No creo que la vida consagrada sea peor hoy que hace años»

A su paso por Madrid desde Roma, de donde venía de celebrar el Jubileo de los Obispos, el prelado argentino y religioso claretiano nos recibe prodigando familiaridad, la misma que sueña para toda labor evangelizadora. “Deseo que la Iglesia recupere la importancia de sentirse pueblo”.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

Obispo y misionero. ¿Cómo conjugar ambas realidades?

Ser misionero es lo que ha iluminado toda mi vida, un regalo que se extiende desde que mi vocación tomará cuerpo en la congregación de los claretianos hasta la encomienda que la Iglesia me confió nombrándome obispo, cosa que, por otra parte, nunca llegué a pensar que podría suceder. Pero si hago memoria y repaso mi vida, me doy cuenta de que desde joven me entusiasmó la idea de ser misionero como aquellos que se fueron cruzando en mi camino, al paso por mi pueblo en el interior profundo de Argentina, e incluyendo, cómo no, a san Antonio María Claret, fundador del instituto al que pertenezco. De hecho, creo que su ejemplo es el que me ayuda a responder positivamente, depositando la confianza en Dios y sabiéndome respaldado por la Iglesia. Para mí, esta es la síntesis de la vida de cualquier misionero. También de mi vida.

Haciendo una lectura de mi misionar, veo cómo mi vocación se ha ido enriqueciendo en los diversos destinos donde me he desarrollado pastoralmente. Por ejemplo, pienso en los años en que fui obispo en la Patagonia argentina, yendo de una punta a la otra de la diócesis, con sus miles de kilómetros cuadrados. Aquel tiempo se me presenta hoy como una etapa donde lo misionero se iba conjugando naturalmente con ser obispo. Y en todos los lugares donde he estado, la importancia de verme acompañado de todo el pueblo de Dios, de tantos sacerdotes, laicos y consagrados que me señalan mi misión, siempre ofreciéndome aliento.

Por eso creo que ser misionero es un trayecto de ida y vuelta dentro de mi propia vocación. Sinceramente, no me entiendo de otra forma, y me

siento muy a gusto en una Iglesia misionera, como la que encuentro hoy en el conurbano bonaerense Merlo Moreno. Una Iglesia a la que le gusta salir, acompañar la vida de nuestro pueblo, ir a otras partes también, reforzar presencias —no solo físicas, sino también existenciales— donde no estamos acompañando los sufrimientos de este mundo como debiéramos. Son muchas las periferias que no dejan de interpelarme.

Se dice que uno de los mayores desafíos para la Iglesia de hoy pasa por procurar que su voz no se pierda entre la pluralidad de opiniones tan diversas que se lanzan desde diferentes ámbitos. En este sentido, usted siempre ha visto claro el papel clave que juega la cercanía...

Por distintos motivos, la voz de la Iglesia en la sociedad no tiene la fuerza que tenía en otros tiempos, y gestionando esta pérdida de incidencia hay que reconocer que no siempre hemos estado a la altura.

”

La Iglesia debería ser una sinfonía de voces distintas

El punto en el que nos encontramos hoy pide una transformación: el pueblo de Dios, la vida consagrada, los laicos y aquellos que están más cercanos a la sociedad se mantienen en silencio porque se han acostumbrado a que la voz de la Iglesia sea la voz de los obispos. Sin embargo, creo que la Iglesia debería ser una sinfonía de voces distintas, con perfiles diferentes. Deseo que la Iglesia

recupere la importancia de sentirse pueblo, cayendo en la cuenta de lo que significa la sinodalidad. Hemos de ser coherentes con esto, hay que sumar voces. Por ejemplo, en la construcción de alternativas en la sociedad actual.

Además, transitar el camino sinodal nos ayudará a dar voz al Evangelio de Jesús de forma más acompañada, más reflexionada y, probablemente, más ágil e inteligible, de acuerdo con las exigencias y cuestiones que el mundo nos demanda.

¿Y hacia dentro? ¿Dónde identifica usted el mayor reto para la Iglesia cuando se dirige a sus fieles?

Me atrevería a decir que, mientras buscamos al Señor, los bautizados hemos de aprovechar las ocasiones de encuentro entre nosotros, de escucha recíproca, de discernimiento. Creo que la Iglesia en este momento necesita nuevas formas de encontrarnos. El encuentro nos cambia y con frecuencia nos sugiere nuevos caminos que no pensábamos recorrer. No es tanto organizar eventos o hacer una reflexión teórica de los problemas, como, ante todo, tomarnos tiempo para enfocarnos en el rostro y la palabra del otro, encontrarnos cara a cara, dejarnos alcanzar por las preguntas de las hermanas y los hermanos, ayudarnos para que la diversidad de los carismas, vocaciones y ministerios nos enriquezca.

Y para ello tenemos que capacitarnos. Todo encuentro requiere apertura, valentía, disponibilidad para dejarse interpelar por el rostro y la historia del otro. Es cierto que la Iglesia hace muchas cosas, y estamos llamados a hacer porque tenemos mucho que aportar, pero no es solo hacer, no son solo obras. Necesitamos nuevos espacios donde tratarnos y

escuchar lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia. Solo así podremos salir a abrazar a la humanidad, que está herida, que tiene sus gritos y también sus aprecios por el Evangelio cuando lo percibe encarnado con autenticidad. En este sentido, el papa Francisco se abrió al mundo y resultó más reconocido fuera de la Iglesia que en ambientes intraeclesiales. Esto es un signo para la Iglesia.

Esta incidencia tan grande que hizo Francisco en la misericordia se complementa con el subrayado hacia la unidad que se vislumbra en el pontificado de León XIV. Es un paso lógico, pero a la vez es muy exigente, sobre todo para los obispos...

Quizá no sean tan marcados estos aspectos que haces notar en uno y otro pontífice. Creo que en el corazón de Francisco estaba la comunión, como también está en el corazón de León XIV. Por eso veo continuidad y con toda la Iglesia doy gracias a Dios por el sucesor de Pedro que tenemos.

Quería preguntarle por la vida consagrada en las diócesis en que ha estado: la actual, Merlo-Moreno, y la anterior, la de San Carlos de Bariloche. ¿Cuál es el rostro de los consagrados en su diócesis? ¿Cuántos y quiénes son? ¿Cuál es su tarea? ¿Cuáles son sus retos, fortalezas, dificultades, etc.?

Si miro a la Patagonia, en la diócesis de San Carlos de Bariloche [78.000 kilómetros cuadrados y más de 160.000 bautizados], que es un sitio frío y de muchas distancias, la vida consagrada está presente manteniendo un fuego vivo. Allá los consagrados tratan de buscar espacios de encuentro donde celebrar la vida acompañando siempre al pueblo de Dios. Y viéndoles me di cuenta de que parece que es más difícil crear

estos espacios en grandes ciudades. En la Patagonia, pese a las distancias, es más fácil ver ambiente de familia, insertos en la diócesis, sin buscar protagonismos ni sentirse iglesia paralela. En la diócesis de Merlo-Moreno [356 kilómetros cuadrados y con prácticamente un millón de bautizados], la vida religiosa está presente de forma comprometida, quizás no de manera tan acorazonada como en el sur de la Argentina, aunque sí buscando estar juntos y brindando este matiz, digamos, de vida propia en medio del pueblo y sus necesidades. Merlo-Moreno es una diócesis periférica del gran Buenos Aires, que sufre de graves problemas de pobreza, desocupación crónica y trabajo informal, violencia y narcotráfico. Pero pese a sus dramas, diferentes institutos de vida consagrada tienen allí su casa formativa, en nuestra diócesis. Cuando pregunto por qué, me

comentan que es porque se sienten a gusto, se sienten queridos entre nosotros, se sienten en una Iglesia que entusiasma. Para mí, sin duda, esto es de un valor enorme.

Una mirada más global me la da el ser miembro de la comisión episcopal de vida consagrada de la conferencia de obispos de Argentina, y por ello puedo decir que los consagrados en las iglesias particulares siempre están dando cercanía y familiaridad a todos.

Por otra parte, también quería decir que venimos de un tiempo donde éramos más numerosos, yo lo viví cuando ingresé en mi congregación. Pero, con todo, no creo que la vida consagrada sea peor hoy que hace años. Yo tengo 71, no soy muy mayor, pero yauento con una edad que me da cierta perspectiva. Entre nosotros veo mucha autenticidad, mucha búsqueda de fidelidad a Jesucristo.



Y, mirad, cuando alguien se consagra a Dios, cuando un joven profesa los votos, es un grito del cielo a toda la humanidad. Y a nosotros, particularmente, nos dice que es posible esta forma de vida. Nos equivocamos si miramos cantidades y números. Por supuesto, igual todo merece discernimiento.

¿Cuál es la misión de la vida consagrada en este momento concreto de Iglesia en el que estamos?

Mostrar el corazón encendido de Jesús en el Evangelio. Es lo que la gente quiere ver. El mundo necesita testigos de este amor, y los quiere cargados de humanidad y cercanía. Y en esto la vida consagrada tiene mucho que decir, por este plus de compartir comunitariamente, por nuestro ambiente de familia. Y me consta que se está haciendo.

Cuando la vida consagrada me viene a preguntar siempre les digo que en primer lugar sean fieles a su carisma; que sean eclesiales y por último que lo cosechado lo brinden al pueblo de Dios, porque estamos



insertos con nuestros carismas en medio de la Iglesia. Hay que pensar que los carismas son un don, no son para guardar. Es importante poner lo que somos al servicio de la totalidad del cuerpo eclesial. La reflexión y la vivencia de la vida consagrada hace mucho bien a toda la Iglesia. Por eso antes hablaba de nuevas formas de relación. Yo doy gracias a Dios porque en mi diócesis la vida consagrada está en consejos, en decanatos, en las periferias y en otros muchos lugares regalándonos su mirada.

Cuando miramos a las comunidades religiosas más de cerca, advertimos que están formadas por miembros de diferentes generaciones y, en muchas ocasiones, también de diferentes culturas. ¿Cómo hacer de esta diversidad una verdadera riqueza?

Es uno de los desafíos más grandes. Nuestro mundo cambia a velocidades extraordinarias y la vida consagrada no es ajena a estos cambios.

Me parece que estamos llamados a vivir la acogida en primera línea, porque tenemos la posibilidad de hacerlo. Una de las mayores riquezas de nuestra peculiar forma de vida es la responsabilidad de sabernos taller donde se fragua una nueva humanidad y una nueva forma de ser Iglesia.

Yo creo que los que somos más mayores deberíamos acostumbrarnos a compaginar los nuevos horarios y estilos de vida en nuestros institutos. Ciento que teníamos cosas muy lindas en los esquemas anteriores, como pasar tiempo juntos o esta regularidad de las cosas extraordinarias, como es mantener la oración comunitaria y celebrar otros momentos de alegría. Con esto quiero decir que hemos de cuidar la espiritualidad de la vida comunitaria. La vida consagrada no debe caer en

el individualismo. Si fuera así contravendríamos nuestras Constituciones, pues hemos recibido como un regalo la capacidad de unificar.

Hay otra cuestión que lleva siendo pensada en estos últimos años en la vida consagrada, y es el papel de la autoridad. Le pregunto esto porque antes de ser obispo usted fue provincial. ¿Cree que el papel de los superiores ha cambiado hoy?

Todo tipo de autoridad está cambiando. En una familia no es lo mismo ser abuelo ahora que hace cuarenta años. En las familias de consagrados también pasa. Por un lado, la vida consagrada tiene espacios comunitarios de decisión, como nuestras asambleas y capítulos. Es decir, un superior provincial no decide como lo hace un obispo porque la vida consagrada es más colegial, desde siempre, históricamente, somos así. Por tanto, al igual que antes hablábamos de cuidar los espacios comunitarios, ahora, respecto de la autoridad, digo que tenemos que cuidar mucho los espacios de decisión.

Pero, por otro lado, a la vida consagrada le sucede como ahora a la iglesia diocesana, que parece que nadie quiere ser obispo. Así, en nuestros institutos da la impresión de que nadie quiere ser superior, porque si no se entiende la colegialidad, es decir, si a la autoridad le quitamos su rol específico, no hay vida posible. Así que es difícil hallar el equilibrio, pero la autoridad precisa capacidad de escucha y también capacidad de decisión.

¿Considera más difícil ser religioso hoy que cuando usted llamó a las puertas de la congregación de los claretianos?

Vivimos otros tiempos. Antes todo era menos cuestionado y se vivía



una cultura más marcada por lo católico. Había un estilo de vida más formal y, sin embargo, hoy un laico se da la libertad para cuestionar al Papa o a su obispo. Por tanto, creo que podrías reformular tu pregunta con otro interrogante: ¿Qué capacidad de convocatoria tiene hoy la vida consagrada?

Y veo que los jóvenes responden a ciertas convocatorias, a otro tipo de llamados. Pensamos en los jóvenes que están dispuestos a irse a otros países por diversas cuestiones, muchas de ellas, de inspiración católica, pero en definitiva van a brindar servicio. Entonces me pregunto si nuestra forma de vivir tiene que cambiar para convocar, y la respuesta quizás sea afirmativa.

Es fácil ver que las formas en que nos relacionamos han cambiado, que la idea del compromiso también lo ha hecho, pero, por otro lado, una convocatoria de espiritualidad puede tocar muchos corazones. Por tanto, no dejemos de intentarlo. *Y*

ECOS DEL CLAUSTRO



Belleza, pruebas y esperanza

M.ª Pilar Avellaneda Ruiz, ccsb

MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (CÓRDOBA)

Los que con apasionada entrega buscan nuevas “epifanías” de la belleza, descubren los tesoros de la existencia, los revisten de palabras y los comunican, hacen el valioso servicio de mostrarnos el vínculo profundo entre *belleza y esperanza*.

Esta belleza no es una simple estética, que se queda en la epidermis de la vida, sino que brota del caminar con mirada contemplativa en la historia, convirtiéndonos en peregrinos de esperanza, con ojos capaces de descubrir la luz en medio del cotidiano ir y venir.

Pero ser peregrinos también significa asumir *rriesgos y pruebas*. Al fondo del misterio de las pruebas está *el misterio de Dios*, ese ser que deposita su confianza en el hombre, aun conociéndole bien en todos sus límites, pero que tiene la certeza de que —tras un peregrinar— el hombre dejará actuar a la fuerza de Dios en su propia debilidad. Esta es la verdadera fuerza de la debilidad humana, dejar espacio a Dios y su hacer maravillas.

Un peregrino sabe a dónde va, ve a distancia y ama el lugar hacia el que se encamina. Dejándose forjar por las pruebas y las dificultades, se convierte en un auténtico peregrino. Y la oración se le convierte en uno de los lugares de aprendizaje de la esperanza.

De sus trece años de prisión, —nueve de los cuales en aislamiento—, el inolvidable cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado una experiencia de oración y esperanza. Durante estos años de cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, recogida en un bellísimo opúsculo, llamado “Oraciones de esperanza”. Esta experiencia le permitió, tras su liberación, ser para los hombres de todo el mundo un *testigo de la esperanza*, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en la noche de la soledad.

Tras la prueba y el crisol, resplandece siempre la belleza de la misión, de poder ser luz para los demás, de existir para otros. Esto llena de esperanza la vida y da sentido a todas las dificultades del camino.

Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. Orar nos introduce en un proceso de purificar anhelos y esperanzas falsas, hasta hacernos capaces de la gran esperanza, capaces de encuentro con Dios, que nos convierte en servidores de la esperanza para los demás. Esta gran esperanza, que llega por la oración, es activa porque mantenemos el mundo abierto a Dios. *Yf*

HERRAMIENTAS PARA LA VIDA COMUNITARIA



¡JUGUEMOS AL PARCHÍS! *Momentos de distensión y de esparcimiento*

Manuel Ogalla, CMF

MISIONERO CLARETIANO, HARARE (ZIMBABUE)

Son muchas, a veces incluso demasiadas, las tareas apostólicas que tenemos entre manos, las entrevistas y reuniones a menudo tediosas, las responsabilidades y decisiones que descansan sobre nuestros hombros o las demandas adheridas a nuestro trabajo pastoral. Quizás como consecuencia de nuestra —en general— elevada autoexigencia y nuestro —bastante extendido— celo apostólico (ese que asiduamente nos consume), no son pocas las ocasiones en las que la carga de trabajo nos acompaña más allá de un simple horario labo-

ral, de un despacho, un aula o una parroquia.

Con bastante frecuencia, cuando llegamos a casa tras una larga jornada repleta de historias —felices o desagradables—, logros y fracasos, nombres y apellidos, podemos correr algunos riesgos que traicionan la naturaleza de la vida comunitaria. Parafraseando con cierta libertad la intuición teológica del patólogo francés Gustave Bardy¹, estos peligros consisten en radicalizar hasta el extremo dinamismos que son, *a priori*, saludables y beneficiosos, pero que, cuando pierden medida,

se vuelven dañinos y contraproducentes.

Qué hermoso es saberse con la confianza de poder compartir en comunidad los más y los menos de nuestro trabajo pastoral; poder abrir el corazón y hacer partícipes a los hermanos de las dichas y desdichas de nuestro día a día; hacer de la comunidad un lugar de encuentro donde todas las hermanas se saben corresponsables de la misión y apostolado de cada una. Sin embargo, el riesgo radica en convertir la comunidad en la centralita de una empresa 24/7, es decir, una simple extensión de nuestra posición apostólica o de nuestro lugar de trabajo.

De esta manera, las conversaciones solo giran en torno a las discusiones del claustro de profesores, las exigencias del nuevo plan pastoral de la diócesis o la falta de comprensión y paciencia de los usuarios que llegan a la clínica. Las relaciones fraternas se reducen a intercambios funcionales y formalidades burocráticas.

La mayor parte del tiempo que estamos en casa nos encontramos enfrascados en nuestro ordenador o absorbidos por numerosas llamadas y mensajes de WhatsApp. Los encuentros en el comedor, si es que afortunadamente los hay, son llanamente almuerzos ejecutivos. Los religiosos y religiosas que sucumben a esta tentación se encuentran atrapados en una vorágine eficientista donde todo parece pivotar alrededor del trabajo y de las responsabilidades, reduciendo la comunidad a un saturado tablón de anuncios o un cronograma de tareas pendientes.

Igualmente, qué hermoso es encontrar en la comunidad el hogar que proporciona paz y sosiego; el ámbito donde nos sabemos en casa

y con la libertad confiada de poder descansar y relajarnos. Nadie pone en cuestión el valor terapéutico y revitalizador de la comunidad.

Sin embargo, el riesgo está en hacer de la comunidad la fonda donde el guerrero encuentra su descanso. De esta manera, la comunidad es reducida al techo que nos cobija para dormir o la cocina que nos alimenta.

Por desgracia, aún nos encontramos con hermanas y hermanos tan absortos en sus tareas y agendas particulares que apenas se les ve por la comunidad y, cuando aparecen, están “tan cansados” que solo piensan en desconectar e irse a dormir. Hermanos que vibran en la parroquia, comprometidos y entregados en el colegio, carismáticos y dicharacheros en la calle... pero cuando llegan a casa deambulan taciturnos e introvertidos sin más conversación que un protocolario saludo. La comunidad queda tristemente reducida así a una sala fría e inhóspita.

Sin embargo, la comunidad es mucho más que un elenco de tareas y responsabilidades, es mucho más que un hostal donde pernoctar. La comunidad es, sobre todo y fundamentalmente, un lugar de encuentro. O, haciéndome eco del documento *Caminar desde Cristo*, la comunidad es un lugar de comunión:

“En estos años las comunidades y los diversos tipos de fraternidades de los consagrados se entienden más como lugar de comunión, donde las relaciones aparecen menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión. Se descubre también el valor divino y humano del estar juntos gratuitamente, como discípulos y discípulas en torno a Cristo Maestro, en amistad, compartiendo también los momentos de distensión y de espacamiento”².

En este sentido, os propongo una herramienta comunitaria que aparentemente puede parecer algo infantil y un tanto ridícula, sin embargo, puede convertirse en el detonante de dinámicas fraternas que vayan superando las heridas del eficientismo práctico y la distante frialdad protocolaria. Se trata simplemente de jugar al parchís. Intentad encontrar o, mejor dicho, haced el esfuerzo de cuadrar una tarde en la que todos los miembros de la comunidad estéis en casa. Atreveis a preparar una gran ensaladera repleta de palomitas de maíz o permitíos la indulgencia de comprar una buena bandeja de dulces (algunos sin azúcar, que casi siempre hay algún diabético). Sacad de aquel mueble casi olvidado el tablero de parchís y los cubiletes con sus fichas y dados. Y tras quitarle el polvo espeso del abandono y de la nostalgia, sentaos alrededor de una mesa, distribuid los colores —si hiciera falta haced equipos—, y sencillamente disfrutad de la agradable y sanadora aventura de pasar un rato juntos como hermanos y hermanas unidos por la alegría de una vocación compartida y celebrada.

Nuestra vida comunitaria, sin duda, está llamada a crecer en esa hondura, tanto humana como teológica, que ayuda a ver al otro como un verdadero hermano y no simplemente como un colega de empresa con el que comparto la casa. Así mismo, nuestras relaciones están sedientas de más espontaneidad y de ese desparpajo que las libera de encorsetados formalismos. Nuestro día a día clama por un mayor sentido del humor saludable que favorece el clima distendido, posibilita saborear el regalo de una verdadera amistad e incluso enriquece nuestra experiencia espiritual³. Por eso os invito

a jugar juntos al parchís —quien dice parchís, dice cualquier otro juego de mesa, o el dominó o las cartas— y disfrutar de unas palomitas, para así cantar con el salmista: *iQué hermoso y placentero es que los hermanos vivan juntos en armonía!* (Sal 133,1). La herramienta comunitaria que os propongo en esta ocasión busca provocar este clima de encuentro y comunión en un ambiente de confianza y libertad en el que compartir unas risas se convierte en lugar teológico donde el Dios que nos convoca se hace presente y la amistad fraterna, una posibilidad real⁴.

No lo pensemos más, busquemos una tarde oportuna y juguemos juntos al parchís. 

1 “Montano exageraba, excedía los límites; esto es lo que le hizo caer en la herejía —Mais Montan exagérait; il dépassait les bornes; et c'est pour cela qu'il devint hérétique—” (GUSTAV BARDY, “Montanisme” en *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Vol X:2. Letouzey et Ané, Paris 1929. 2355-70. Aquí 2359).

2 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Caminar desde cristo: Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*, Librería Editrice Vaticana, Roma 19 de mayo de 2002, § 29.

3 Al respecto os aconsejo un par de libros: JESÚS AZCÁRATE FAJARNÉS, *Teología del humor. La vida cristiana es alegre*, Cobel Ediciones, Madrid 2010; JAMES MARTÍN, *Tiene gracia... La alegría, el humor y la risa en la vida espiritual*, Sal Terrae, Maliaño 2011.

4 A colación de las risas y el buen humor en la vida religiosa, os animo encarecidamente a leer el artículo de mi hermano claretiano José Cristo Rey García Paredes, “¡Mirad cómo sonríen! Las comunidades del buen humor y la sonrisa,” publicado el 21 de septiembre del 2011 en su blog *Ecología del Espíritu*. El 19 de julio de 2019 lo enriquecería y publicaría en la web de *Vida Religiosa* en la sección de artículos.

INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA



Hermanas de la Caridad de Santa Ana

ESPERANZA GARCÍA PAREDES, HCSA

Las palabras que abren nuestra Constitución son, para nosotras, como un credo que guía nuestra misión. Nos sentimos enviadas por el amor del Padre para ser un signo vivo de su presencia en el mundo. Hoy, igual que ayer, queremos reflejar ese amor aquí y ahora, en nuestra Iglesia, en nuestra comunidad y en cada rincón donde estamos presentes”.

El origen del Instituto de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana es una historia de compromiso y servicio que sigue inspirando hoy. María Ràfols Bruna y Juan Bonal Cortada, los fundadores, respondieron a las necesidades de su tiempo en una España llena de desafíos. Su viaje desde Barcelona

a Zaragoza en 1804 marcó el inicio de una misión que buscaba llevar esperanza y cuidado a quienes más lo necesitaban. El 28 de diciembre, María Ràfols, como líder de un grupo de doce mujeres, junto con Juan Bonal y doce hombres más, llegaron a Zaragoza. Se dirigieron al Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, un centro que acogía a enfermos, personas con problemas de salud mental y niños abandonados. El lema del hospital, *Domus Infirmorum Urbis et Orbis* (*Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo*), reflejaba su vocación de servicio universal. Este hospital se convirtió en el escenario donde Juan Bonal y María Ràfols iniciaron su labor,

sentando las bases de lo que sería la misión de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana: brindar atención integral a quienes más lo necesitan, sin importar su origen o creencias.

La historia de los fundadores y las primeras hermanas es un testimonio de adaptación y resiliencia. Dejaron atrás su tierra y su lengua para servir en un entorno nuevo y desafiante. Su compromiso con los más vulnerables sigue siendo una fuente de inspiración para nosotras.

Nuestra identidad carismática

En el corazón de Zaragoza, nuestros fundadores y las primeras hermanas se entregaron por completo a una misión de amor universal. No era un trabajo común; era una forma de vida que abrazaba a todos, especialmente a los más vulnerables, que encontraban en ellas no solo cuidado, sino una presencia amorosa.

Lo que hace especial a nuestra congregación es cómo entendemos y vivimos la caridad. Para nosotras no se trata solo de ayudar, sino de acoger con todo el corazón. Nuestros fundadores nos enseñaron a ver a Cristo en cada persona, ya sea un paciente en el hospital, un niño necesitado o alguien que vive en la calle. Esta forma de servir tiene un sello distintivo: lo hacemos “con el mayor cuidado”, “con todo detalle” y “con todo amor”. Todo esto nace de una profunda vida de oración, que es la respiración que impulsa nuestra labor diaria.

Nuestra identidad carismática se basa en un amor que no conoce fronteras, que se expresa en hospitalidad, en la acogida cálida a todos, y que se nutre de una conexión espiritual profunda. Es así como, desde 1804, seguimos llevando esperanza y cuidado a donde más se necesita.

“El libro de la vida: un legado de amor y servicio”

Los fundadores no dejaron escritos personales, pero su legado es evidente en su dedicación a los demás. Sus firmas en documentos históricos reflejan un compromiso inquebrantable con los más necesitados, evidenciando una entrega total y un amor sin límites. Este espíritu ha guiado a las hermanas a lo largo de dos siglos, inspirándolas a vivir una espiritualidad activa centrada en el amor.

Las primeras Constituciones, probablemente redactadas por el P. Juan Bonal, proponen un modo de vivir y actuar que invita a abrir el corazón, acogiendo con amor a todas las personas; sirviendo con dedicación y compasión; viviendo la fraternidad, donde cada hermana puede crecer en su fe y en su vocación de entrega y servicio, siguiendo el ejemplo de Cristo.

Las Hermanas de la Caridad de Santa Ana nos dedicamos a servir a Cristo en cada persona vulnerable. El lema “Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos, a mí me lo hicisteis” resume nuestra misión de caridad y hospitalidad. En nuestro trabajo diario, buscamos construir un mundo más humano y fraternal, mostrando que el amor puede transformar vidas.

Nuestra misión en la Iglesia y en el mundo

Desde los inicios hemos entendido que nuestra labor trascendía las paredes del hospital. Nuestro compromiso es servir a los pobres y enfermos en cualquier lugar donde seamos necesarias, reflejando así el mensaje de amor y hospitalidad que Jesús nos enseñó.

Desde la primera fundación en Maracaibo, Venezuela, en 1890, la Congregación ha crecido y se ha expandido a 29 países en los cinco continentes, estableciendo 209 comuni-

dades y 331 centros. Este crecimiento ha sido guiado por el deseo de responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia, llevando nuestro carisma a lugares como India, donde se fundó la primera comunidad en Nadiad, y a diversas naciones de América Latina, Europa, África y Asia.

Hemos estado presentes en situaciones críticas: campos de refugiados, crisis humanitarias y desastres naturales. Nuestra labor incluye el acompañamiento a personas desplazadas, la atención durante epidemias (Ébola y COVID-19) y la participación en foros sobre paz y justicia social. Con humildad y dedicación, continuamos nuestra misión de amor y servicio, invitando a todos a ser parte de este esfuerzo transformador que busca un mundo más justo y solidario.

“Ensanchando el espacio de nuestra tienda”

Familia Santa Ana: un carisma compartido

Reconocemos con alegría que el don carismático que hemos recibido del Espíritu Santo se extiende más allá de nuestras comunidades. Juntos, formamos la “Familia Santa Ana”, un grupo diverso que comparte el carisma de la caridad universal. Cada miembro, desde su propia vocación, contribuye a esta misión de hospitalidad y servicio.

Fundación Juan Bonal: una misión colaborativa y de cooperación

Desde el año 2000, nuestra ONG Fundación Juan Bonal, actúa como un puente de solidaridad y cooperación apoyando a los desfavorecidos

en áreas de educación, salud y desarrollo social, en España y en países en vías de desarrollo. Y promoviendo la inclusión laboral de personas con discapacidad y fomentamos el voluntariado, defendiendo los derechos de las futuras generaciones mediante una ecología integral.

Voluntariado misionero Santa Ana (VMSA)

Trabajamos con amor y dedicación llevando a cabo diversas actividades que reflejan nuestro compromiso con la justicia social. Acogemos voluntarios bajo el nombre de Voluntariado Misionero Santa Ana (VMSA), que se unen a nuestra misión en África, Asia y América en colaboración con la Fundación Juan Bonal.

Vemos nuestra vida como un relato del Espíritu lleno de gratitud por el legado de nuestros fundadores y primeras hermanas. Este camino nos invita a vivir en conversión permanente, ofreciendo esperanza y apoyo a quienes sufren. Con una fe profunda en el Dios compasivo de Jesucristo, seguimos sus pasos para hacer presente su amor y cercanía a todos, de modo especial, a los más pobres y necesitados, a los que viven en riesgo de exclusión y a los descartados de nuestro mundo.

Nuestra comunión con Cristo y entre nosotras es un signo visible de fraternidad. Apreciamos la diversidad que nos ofrece esta misión compartida y buscamos ser un reflejo del amor del Padre. Caminamos con esperanza junto a nuestra familia carismática y todos aquellos que desean hacer del mundo un lugar más humano, donde la fraternidad universal sea una realidad para todos. 

Si desean dar a conocer su instituto en esta sección de la revista, pueden enviar un texto de 7.000 caracteres (con espacios) y tres fotos significativas de buena calidad a: secretaria@vidareligiosa.es

ACTUALIDAD



La vida consagrada, peregrina en esperanza

Dentro de las celebraciones del año jubilar, llega el turno de la vida consagrada. Nos adentramos en la invitación que nos hace la Iglesia a celebrar este gran evento y ofrecemos algunas claves para caminar en esperanza.

Juan de Dios Carretero, ss.cc.

Del 8 al 9 de octubre se celebrará en Roma el Jubileo de la Vida Consagrada. Podamos o no asistir a los eventos que se celebran en la ciudad eterna, a todos se nos regala la posibilidad de celebrar este jubileo. En estas líneas reflexionamos sobre algunas cuestiones que nos pueden ayudar a que hagamos nuestra esta celebración que la Iglesia nos invita a vivir.

En primer lugar, como en toda fiesta, es conveniente tomar conciencia de la necesidad de celebrarla. Sí, la vida consagrada también necesita un jubileo. Recordemos que el jubileo se instituye con la intención de recordar y manifestar la misericordia de Dios con su pueblo. La celebración jubilar nos recuerda la salvación prometida por el Padre. Y qué necesario es hoy para nosotros escuchar de nuevo la promesa de esta salvación que se nos ofrece como gracia.

”

Se nos invita a sumarnos a la celebración jubilar renovando nuestro encuentro con Dios

“Peregrinos de la esperanza”, es el lema de sobra conocido por todos para este año jubilar. En este lema podemos percibir una fuerte llamada para todos los cristianos y, por tanto, también para nuestra vida consagrada. El jubileo nos pone en camino, nos invita a peregrinar. Según cifras de *Vatican News*, 24 millones de personas han peregrinado a Roma en lo que va de año. Y la Iglesia nos invita a caminar con ellos, sea en sentido real

o metafórico. Nuestro jubileo es uno entre tantos eventos que celebra la Iglesia, lo que nos recuerda una vez más que no caminamos solos, sino en comunión con todo el pueblo de Dios, idea que fundamenta la actitud sinodal hacia la que nos dirigimos. Además, peregrinar es estar vivo, estar en movimiento, en búsqueda de nuevos horizontes. La vida consagrada necesita hoy de esa sana inestabilidad que nos permite movernos y caminar hacia lo que el Espíritu nos tiene preparado, siendo capaces de desprendernos de lo que ya no sirve, como peregrinos que hacen hueco en sus mochilas.

La esperanza es la virtud que somos invitados a renovar en este año jubilar. Caminamos en esperanza. De nuevo, esta llamada nos interpela como consagrados. Y es que la fe y la caridad, que se manifestaron con tanta fuerza en los orígenes de nuestros institutos y en los comienzos de nuestras vocaciones personales, poco recorrido tendrán si no se anclan en la esperanza.

Hoy en día no resulta fácil ser confiado ni optimista. No es sencillo encontrar motivos de alegría que apunten hacia un futuro mejor para nuestro mundo. Y si miramos la vida consagrada, en muchos contextos la crisis de decadencia puede ser otro motivo de desaliento. Sin embargo, bien sabemos que la esperanza no se ancla en las fuerzas humanas y, por ello, esta situación quizás sea una gran oportunidad de volver a cultivar la verdadera esperanza, la que brota del sepulcro vacío.

Si creemos en la victoria definitiva de Cristo, nuestra vida, nuestra consagración, no puede seguir dejándose empañar por el pesimismo que va bañando nuestro entorno. Es precisamente ahora cuando el mundo



necesita personas esperanzadas, y quizás sea nuestra esperanza la que, con mayor facilidad, pueda despertar en otros la pregunta por la fuente de donde procede. Si creemos que la historia está en manos de Cristo no podemos afirmar que todo va mal. Estamos llamados a agudizar nuestra mirada para aprender a reconocer los signos de esperanza.

Ahora bien, esta esperanza necesita encarnarse y dar frutos concretos. En la bula de convocatoria del jubileo, *Spes non confundit*, el papa Francisco nos invitaba a que la esperanza se manifestase en forma de paciencia, tan necesaria en la sociedad del aquí y ahora. En esta virtud de la paciencia podemos encontrar grandes maestros en nuestros hermanos y hermanas mayores, expertos en reconocer que los frutos del Espíritu requieren su tiempo, frente a la prisa con la que vivimos los que aún nos consideramos jóvenes.

Por otro lado, el papa Francisco nos invitaba a cuidar especialmente

las obras de misericordia. Sin duda, muchos consagrados y consagradas ya dedicarán su vida a esta tarea. También para ellos puede ser una oportunidad de tomar conciencia del elemento esperanzador que hay detrás de esas buenas obras. Y para los que no las practicamos con tanta frecuencia y estamos dispersos en otras muchas tareas, también es un recordatorio de quiénes son los primeros y más importantes.

En definitiva, todos estamos invitados a sumarnos a la Iglesia en la gran celebración jubilar, renovando nuestro encuentro con el Dios de la misericordia y la alegría que brota de recibir su perdón. En nuestras iglesias particulares podremos participar de distintos eventos que nos ayudarán a que esta celebración no sea una actividad más, sino que de verdad nos renueve. Sin duda, las palabras que nos dedique León XIV nos seguirán dando luz para celebrar este jubileo y seguir cultivando nuestro caminar en la esperanza. *Y*



¿Algún modelo a seguir?

Paulson Veliyannoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

Cada vez que leo el relato evangélico sobre el nacimiento de Juan el Bautista, no puedo evitar sonreír. Aquí tenemos a un hijo nacido de Zacarías e Isabel en su vejez, y los padres no entienden por qué Isabel quiere que el niño se llame Juan. Así que deciden preguntarle a Zacarías. ¿Y cómo le preguntan? “Hicieron señas a su padre, para saber cómo quería llamar al niño” (Lc 1,62). ¡Por Dios! ¿Por qué tuvieron que hacerle señas? Al fin y al cabo, Zacarías solo era muerto, *ino sordo!* Podrían haberle preguntado simplemente de viva voz. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

Quizás esto es lo que sucedió: como Zacarías solía comunicarse mediante gestos, la gente simplemente imitó su estilo de comunicación. Estaban acostumbrados a verle hacer gestos, por lo que, sin pensarlo, le hacían gestos en lugar de preguntarle directamente. Aparentemente, un acto estúpido, pero que revela una verdad sobre los seres humanos: somos incorregiblemente imitativos con los demás.

Hace mucho tiempo, el psicólogo Albert Bandura propuso la teoría del aprendizaje social, sugiriendo que gran parte de nuestro aprendizaje se produce a través de la imitación. Más cerca de nuestra época, René Girard, antropólogo cultural, desarrolló una elaborada “teoría mimética” basada en esta observación: que somos

criaturas imitativas. El descubrimiento de las neuronas espejo ha confirmado esta capacidad humana única y compleja de imitar a los demás, como si imitar fuera nuestra segunda naturaleza.

Ahí es donde se necesitan buenos modelos a seguir, ya sea en las familias, en el vecindario, en el lugar de trabajo o en la sociedad en general. Ahí es donde los santos cobran relevancia. Y, afortunadamente, recientemente hemos tenido dos santos más que deben inspirar a muchos jóvenes: Carlo Acutis y Pier Giorgio Frassati. Y los buenos modelos a seguir, dignos de imitación, también son absolutamente necesarios en la vida consagrada.

A menudo nos entristece la disminución de las vocaciones a la vida consagrada. Me pregunto si una de las muchas razones, y una muy importante, es la escasez de buenos modelos a seguir que inspiren a los jóvenes a imitarnos. Tenemos excelentes administradores, gerentes, directores de colegios, predicadores, etc. Pero, ¿inspiramos a los jóvenes con laantidad de nuestra vida, la fidelidad a una vida de consagración, la autenticidad de los consejos evangélicos que profesamos, de modo que se sientan atraídos por la vida consagrada e imiten nuestro estilo de vida? Una pregunta que vale la pena reflexionar. *Y*

Cuéntame un cuento

Pedro M. Sarmiento, CMF



El 4 de agosto se celebró la fecha del fallecimiento en 1875 en Copenhague de Hans Christian Andersen. Desde hace 150 años resuenan sus cuentos famosos como *El patito feo*, *La sirenita* o *El traje nuevo del emperador*. —Cuéntame un cuento..., sigue siendo, gracias a Dios, el deseo infantil por excelencia. ¿Lo será por mucho tiempo...? Al ver a pequeños con un manejo precoz de pantallas, me surge la duda de si la literatura resistirá el ataque de la imagen en la que la sirenita es más vivaz, aunque se aleje de la fantasía del niño que la imagina.

“Todo cuento de hadas —escribía Bruno Bettelheim— es un espejo mágico que refleja algunos aspectos del mundo interior, y de las etapas necesarias para pasar de la inmadurez a la madurez total. Para aquellos que se sienten implicados en lo que el cuento de hadas nos trasmite, este puede parecer un estanque tranquilo y profundo que refleja tan solo nuestra propia imagen, pero detrás de ella podemos descubrir las tensiones internas de nuestro espíritu y el modo en que logramos la paz con nosotros mismos y con el mundo externo”. Los cuentos son como un espejo mágico y un estanque tranquilo y profundo, permiten a los niños, también al adulto lector o narrador, confrontar simbólicamente sus problemas, y encontrar soluciones para alcanzar la madurez.

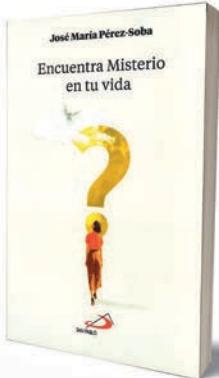
Contar cuentos significa no dar por solucionada y resuelta la tarea

urgente y difícil de encontrar un significado para nuestras vidas. Es una actividad transformadora, una protesta contra la pretensión de quienes pretenden imponer un camino vital sin búsquedas propias, a base de recetas de desarrollo de laboratorio emocional, silencios o vacíos.

Ayudar a encontrar el sentido de la vida, sigue siendo la tarea más importante y más difícil de toda educación a cualquier nivel. Para no estar a merced de los caprichos de la ingeniería social, debemos ayudar a que se manifiesten nuestros recursos internos de sentido. Las emociones propias, la imaginación y la inteligencia, se unen en la narrativa del cuento de nuestra vida, y nadie nos puede imponer el desarrollo, o el final, más allá de la esperanza que sostiene el aliento de estar vivos.

Los cuentos tienen, la mayoría de las veces, un final feliz en un más allá. Ese final es siempre un comienzo. ¿Juega Dios con el cuento de nuestra vida para que, aun no sabiendo el final, caminemos con la esperanza de que la felicidad es posible? Schiller afirmaba. “El sentido más profundo reside en los cuentos que me contaron en mi infancia, más que en la realidad que la vida me ha enseñado”. Contar un cuento es reivindicar que a ningún niño le falte un sueño posible que vivir. —Hans, cuéntame un cuento..., pero que sea de verdad.

Para saber más: BRUNO BETTELHEIM, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Booket, 2012, 418 pp.



Encuentra Misterio en tu vida

José María Pérez-Soba

93 pp.

San Pablo, Madrid 2025.

El centro de la experiencia religiosa es difícil de explicar y describir, pero hay una palabra que nos sirve para aproximarnos a él: es la palabra *Misterio*. Un término que puede entenderse a primera vista, pero que está cargado de significados polivalentes. Lo malo de hablar de *Misterio* es que se trata de un acercamiento a una realidad no objetivable, no puede ser desvelado, investigado, dominado. Debajo de la reflexión se juega el papel futuro de lo religioso y de la fe ante la falta de modelos de explicación actuales.

Este libro de Pérez-Soba es un acercamiento descriptivo a qué decimos cuando decimos *Misterio*. El autor recorre los significados y evocaciones de la experiencia del *Misterio* en los distintos sistemas religiosos. El recorrido que nos propone el autor, es muy variado, rico en evocaciones de las experiencias más variadas, desde el amor, la plenitud, la eternidad, la sabiduría, el sentido, el símbolo, el encuentro, hasta la experiencia estética en la danza y la música.

Todo ello se recoge en un lenguaje sencillo, atractivo y didáctico. Es un libro para quien está en búsqueda y quiere integrar conocimiento teológico con experiencia de vida.

El libro tiene también un valor testimonial, así lo afirma el autor: "...en estas páginas hemos recogido cómo muchas

personas hemos experimentado en nuestra vida un encuentro que ha orientado nuestra existencia, que nos hace salir de nosotros mismos y encontrar sentido en la acogida al otro" (81).

Un libro muy recomendable para personas en búsqueda, con un lenguaje contemporáneo que acoge los retos del presente, y puede ayudar a quienes anhelan el sentido y la explicación de su experiencia religiosa.

El pequeño volumen concluye con unas buenas preguntas para la reflexión personal y de grupo, además cuenta con una pequeña bibliografía para profundizar ulteriormente los temas esbozados.

Tal vez el único límite de libro sea su título: *Encuentra Misterio en tu vida*, lo que podría hacer que, desgraciadamente, desemboque en algún anaquele de autoayuda si el librero no es muy avezado en espiritualidad. Una portada sugerativa abre el camino al interrogante del sentido, concesión también con un guiño femenino muy necesario en la acuarela central. 

Pedro Manuel Sarmiento, cmf.



Superiores/as y Responsables de comunidad. Formación

Módulo 1º

Acompañamiento y relación de ayuda. Manual para Superiores



Animador: José Carlos Bermejo

Fechas: 19-21 de noviembre de 2025

Modalidad: Bimodal.

Módulo 2º

Herramientas prácticas para la comunicación constructiva en las comunidades



Animadora: Esther Lucía Awad

Fechas: 12-14 de febrero de 2026

Modalidad: Presencial.

Módulo 3º

Liderazgo en la Vida Consagrada



Animador: Gonzalo Fernández Sanz

Fechas: 28 de enero, 4,18 y 25 de febrero, 4,11,18 y 25 de marzo, 22 y 29 de abril

Destinatarios: Superiores/as y sus Consejos.

Modalidad: Bimodal.



Lugar e inscripciones:

C/ Juan Álvarez Mendizábal,
65 dupdo. | 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | 626 27 80 77

secretaria@itvr.org | itvr.org



Aula de Formadores

El **Aula de Formadores** ofrece dos encuentros intensivos en que se comparten iluminaciones y propuestas para la tarea de acompañar, sobre todo, a quienes se hallan en la fase de formación inicial.

1º Taller

Desafíos actuales de la Vida Consagrada



Animador: Jesús Díaz Sariego, OP.
(Presidente CONFER)

Fechas: 21-22 de noviembre de 2025

2º Taller

Comunicación no violenta



Coordina: María Martínez.
Equipo RUAJ

Fechas: 13-14 de febrero de 2026

Destinatarios:

Formadores/as y responsables de formación en las provincias.

Modalidad: Online o presencial





Acompañamos a las instituciones religiosas
en la creación de planes estratégicos,
evaluación de viabilidad,
definición de políticas de inversión
y cálculo de patrimonio estable.

Aura Investments

CONSULTORÍA PATRIMONIAL
INDEPENDIENTE PARA
INSTITUCIONES RELIGIOSAS Y
ENTIDADES SIN ÁNIMO DE LUCRO